

ITALIA.—REINO DE NAPOLES.



VISTA INTERIOR DEL TEMPLO DE SAN FELIPE NERI.

23 de mayo de 1848.

TOMO VI. 43

ESTUDIOS DE VIAGES.

NAPOLÉS.

La capital del reino de las Dos Sicilias es la mas bella que pueda imaginarse, y justamente es tenida por la tercera ciudad de Europa. En el ámbito de cerca de dos leguas y media contiene mas de 350.000 habitantes; por consiguiente, es la ciudad mas poblada despues de Londres y Paris. Un clima de los mas suaves, la fertilidad de los campos, la alegría del pueblo, la magnificencia de los grandes, todo contribuye á llamar la concurrencia de los estrangeros. Esta metrópoli tiene un aspecto soberbio; no es posible imaginar un objeto mas lleno de adornos, mas singular bajo todos aspectos, ni mas delicioso de ver, que esta ciudad desde cualquier parte donde el espectador se coloque. Está situada en el fondo de un seno llamado en italiano *Cratere*, que parece formado por la isla Caprea, y se ve en la parte del Mediodia, y aunque se halla á siete leguas de distancia, termina de una manera muy agradable la perspectiva. Los contornos de dicho seno están por la parte del Este adornados con los palacios de Pórtici, y por las aldeas y casas de campo que se descubren sin interrupcion desde Nápoles hasta mas allá de Pórtici. El Vesubio, que mas lejos se descubre, hace ese espectáculo mas grande é imponente. *Herculano* y *Pompeya* se hallan en el mismo lado. Al Oeste vense casas muy deliciosas, y la celebrada cueva de *Paucitipo*, los fuegos de la *Solfalara*, y la cueva del *Perro*: todo cuanto forma el circuito ó está aproximado al seno de Nápoles, es extraordinario y famoso. Por la parte del Norte está rodeada de montañas que forman como una corona alrededor de la ciudad: finalmente, se ve el extremo de la Tierra de Labor; es decir, de esos fértiles campos que los romanos llamaron *Campos felices*, y que miraban como el pais mas rico del universo. Nápoles está situada en el fondo de ese bello teatro, en la pendiente de una montaña; abraza el mar con una vasta estension de arabales; le domina con sus fuertes, y embellece su ribera con casas magnificas dispuestas en forma de anfiteatro de arriba abajo de la montaña, cuyo golpe de vista es de lo mas bello que puede concebirse, y segun convienen todos los viajeros, nada hay comparable á la belleza de semejante situacion. Las ciudades que se aproximan en cuanto á su perspectiva magnifica, son solo Constantinopla y Génova.

Podemos afirmar que no hay en Nápoles ningun edi-

ficio que sea perfecto en su género; de mas de doscientas iglesias, ninguna vemos que tenga una fachada ó pórtico que sea digno de notarse. Mas bien que edificar templos de bella arquitectura, han preferido adornar profusamente su interior con dorados y cuadros. Entre las iglesias mas notables solo podemos citar la catedral, dedicada á San Genaro, construida segun los diseños de Nicolás de Pisano, y el templo de San Felipe Neri, muy digno de fijar la atencion por las bellas columnas de granito antiguo, sobre que descansa la nave, muy preciosa á causa de sus bellas pinturas.

Los palacios de Nápoles no tienen mejor arquitectura que las iglesias. Las casas y palacios tienen en general cinco ó seis pisos negros y mal cuidados en el exterior. Los techos, casi todos son llanos y están cubiertos de porcelana. El aficionado que busque en estos edificios el buen gusto y las bellas formas arquitectónicas, conocerá desde luego que está muy distante de hallar en la ciudad de Nápoles las proporciones y magnificencia de los palacios de Roma.

El origen de Nápoles se pierde en los tiempos fabulosos de la antigüedad. Su primer nombre fué *Parténope*, y su fundacion se atribuye generalmente á una colonia griega. En diferentes tiempos ha sufrido mucho á causa de las guerras, terremotos y erupciones del Vesubio; pero actualmente es sin contradiccion mas rica, poblada y floreciente de lo que nunca ha sido. En el año 536, Belisario, general romano, se apoderó de ella despues de un muy penoso sitio. El año de 542, Totila redujo la guarnicion por hambre. Sicon IV, principe de Benevento, la tomó en 818; el emperador Conrado la obligó á capitular en 1258; Alfonso, rey de Aragon, la tomó por asalto en 1442; y en 1503, Gonzalo bajo las órdenes de Fernando, rey de Castilla y de Aragon, se hizo dueño de ella despues de haber minado y hecho volar sus dos castillos, en los que se habia refugiado toda la guarnicion.

En enero de 1793 fué Nápoles ocupada la primera vez por los franceses, y la evacuaron al siguiente junio, siendo gobernada entonces por sus propios soberanos, hasta principios de la coalicion de 1805, en la que desgraciadamente tomó parte, y fué ocupada otra vez por los franceses en 1806. Al poco tiempo fué en ella proclamado por rey José Bonaparte, y habiendo éste en 1808 ascendido al trono de España, se confirió la corona de Nápoles á Murat. Despues que los napolitanos fueron derrotados por los austriacos en 1815, fué dicha ciudad ocupada primero por los ingleses; y últimamente, el 18 de junio el rey Fernando, despues de nueve años de ausencia, hizo su entrada en dicha capital.



ESTUDIOS BIOGRAFICOS.

MIGUEL-ANGEL.



I.

EL APRENDIZ.



El lunes 6 de marzo del año de 1474, á las cuatro de la mañana, nació en el castillo de Caprese, territorio de Arrezzo, un niño que fué bautizado con el nombre de Miguel-Angel.

¡Singular predestinacion casi imposible de atribuir á la casualidad! ¡Sanzio, Bonarroti, los dos pintores mas famosos de Italia y del mundo, recibieron en la pila el nombre de un ángel! y por una coincidencia mas notable aun, vemos á Rafael que es el ángel de la hermosura, de la piedad y del amor, así como Miguel el de la justicia, de la fuerza y del esterminio.

El padre del recién nacido era Ludovico di Leonardo, llamado Bonarroti, podestá de Chiusi y de Caprese, descendiente de los condes de Canossa, una de las familias mas antiguas de la Toscana.

Hallábase Ludovico en el último mes de su cargo, cuando le plugo al cielo concederle aquel hijo que debía darle tanta gloria y no menos cuidados. Hizo, pues, los preparativos de marcha para dejar el lugar de su residencia y regresar á sus tierras de Setignano tan luego como se verificase el bautismo. Posteriormente no dudó en colocar á sus demas hijos en el comercio, cuya profesion tenian los florentinos por una de las mas nobles, y á la que en parte debian su poder.

El buen podestá, sin embargo, soñaba para su hijo menor un porvenir mas brillante, una carrera mas ambiciosa, mas ilustre; destinábale para sucederle en los cargos civiles. Su hijo menor llegaría á ser un dia podestá, secretario, embajador, gonfalonero (1); ¡tan lejos estaba de creer que abrigaba en el seno de su familia un artesano!... como le llamaba despues en los momentos de cólera.

Todo es providencial en la vida de los grandes hombres. Setignano es un pais lleno de canteras en donde abundan mas los trabajadores que los sabios, por cuya razon no pudo dársele otra nodriza al futuro magistrado, sino la muger de un *scarpellino* (picapedrero). El niño, vigoroso y robusto, crecía siempre espuesto á la intemperie, y comenzó á manejar con sus manecitas prematuramente encallecidas, el cincel y el martillo, y sus primeros gritos fueron ahogados entre el áspero chirrido de las sierras.

Dejo, pues, á vuestra consideracion el lastimero cuadro que ofrecía el pobre niño, cuando poniéndole una

(1) Título que se dió á los gefes de algunas repúblicas modernas de Italia.

capita sobre los hombros, un birrete en la cabeza, y una gramática debajo del brazo, le enviaron á declinar nombres y conjugar verbos á casa del maestro Francesco d'Urbano.

Es casi un instinto de los padres el furor de obligar á sus hijos á seguir precisamente la carrera hácia la cual presentan menos gusto y disposicion. Si sois poeta como Ovidio ó Petrarca, querrán haceros estudiar á la fuerza el derecho romano y las decretales; si sois artista como Miguel-Angel ó Cellini, os obligaran á aprender el griego ó á tocar la flauta.

Dante exclamó en uno de los momentos en que se hallaba poseído de viva indignacion.

- Ma voi, torcete alla religione
- Tal ch'era nato á cingerli la spada.
- E fate re d'tal ch'è d'á sermone
- Onde la..... vostra e fuor d'strada.

«Empero dedicais á la iglesia al que ha nacido para ceñir una espada, y convertis en rey al predicador, lo cual prueba que siempre vais descaminados.»

A nadie ha aprovechado esta leccion, y todos los padres se conduciran de este modo hasta el fin de los siglos. El padre de Bonarroti, á pesar de su cargo, no opuso gran resistencia; bien es verdad que tenia que háberse las con quien era mas terco que él. Todos los niños empiezan pintando ojos y narices con carbon, pero sin embargo no todos llegan á ser un Miguel-Angel. Cuando vió el padre que estaba bajo el influjo de la fatalidad, y que su desgraciado hijo prefería decididamente la brocha á los libracos, y la paleta á la pluma, se resignó al fin aunque con sumo trabajo.

Lo cierto es que al padre de Miguel-Angel le perseguía la desgracia: á la misma escuela donde había puesto á su hijo, concurría un pillete llamado Granani, que le facilitaba ocultamente modelos para copiar. Cierta dia consiguó el pilluelo que hiciera novillos Miguel-Angel, y le llevó consigo al obrador, ó como entonces se decia mas noblemente, á la tienda de su maestro. Granani con suma desenvoltura presentó á su jóven camarada á Ghirlandajo, quien le recibió con amabilidad, preguntándole al mismo tiempo si tenia alguna muestra que manifestarle. El tierno Miguel-Angel, cuyo carácter era naturalmente tímido y huraño, se sonrojó y bajó la vista sin responder; pero obligado por las instancias del maestro, sacó al fin del bolsillo una estampa que habia iluminado con un improbo trabajo y una paciencia inaudita. Era un grabado del holandés Martin Schœn, que representaba la tentacion de San Antonio. El asunto no podia menos de seducir una imaginacion jóven y ardiente, pues veíanse allí varios grupos de diablos horribles y grotescos que trataban de escitar á palos al santo ermitaño. Miguel-Angel no solamente dió nueva vida al grabado con el contraste de las sombras y el brillo de los colores, sino que corrigió el dibujo á su manera, cambió perfectamente algunas figuras, desenchajó sus ojos, rasgó las bocas, herizó las cabelleras, imprimió en aquellos malditos rostros los mas horribles y estraños gestos, y supo en fin formar de un trabajo puramente mecánico, un cuadro original que llamaba la atencion. Asombrado el maestro, y un tanto celoso de aquel genio precoz, como

templaba mudo la obra, preguntándose á sí mismo si debería sofocar con un frío desprecio aquella naciente gloria, que amenazaba eclipsar bien pronto la suya propia y la de otros muchos; pero la admiración dominó á los celos, y exclamó: «Jamás he visto cosa mas hermosa;» y señalando al joven con la mano, añadió:

—¡Es un astro que aparece y que eclipsará á muchos que ahora brillan en el firmamento!

Al día siguiente, Domingo Ghirlandajo llamaba á la puerta del ex-podestá de Caprese.

Recibióle este con aquella perfecta cordialidad, y aquella benevolencia casi fraternal que reinaba entonces entre todos los ciudadanos de un mismo partido, y que les permitía darse el dulce nombre de vecinos aun cuando viviesen muy distantes uno de otro.

—Vengo á pedir os un favor, señor Bonarroti, dijo el pintor despues de los cumplidos de ordenanza, y espero que os dignareis concedermele.

—Hablad, maestro Ghirlandajo, dijo el ex-podestá con cierto tono de suficiencia que conservan siempre los que han ejercido cargos del estado, aun los hombres mas sencillos y afables. ¿Necesitais consejos? disponed libremente de mi esperiencia y mis conocimientos. ¿Necesitais apoyo? mi familia y yo estamos á vuestro servicio. ¿Necesitais dinero? todo cuanto poseo está á vuestra disposición.

—Os doy mil gracias, conozco vuestra suma bondad y no dejaria de abusar de ella si se me ofreciera; pero en este momento no vengo á pedir os consejos, dinero ni apoyo.

—¿Pues qué quereis, maestro Ghirlandajo?

El artista titubeó un momento antes de entablar una negociacion que no dejaba de ser bastante delicada, atendido el no muy buen genio del viejo noble; mas al fin, disimulando sus temores y dando cuanta naturalidad le era posible á sus palabras, añadió con cierto despego:

—Vengo á pedir os á vuestro hijo para hacer de él un artista.

—Al escuchar tan inesperada proposicion, el podestá saltó de su silla y tuvo fuertes tentaciones de arrojar á su vecino por el balcón. Pero reprimiendo al momento su cólera por una de esas súbitas reacciones que se obraban con tanta perfeccion en el padre de Miguel-Angel, hizo llamar á su hijo, y sin dirigir una sola palabra al aturdido pintor que nada comprendia de aquella pantomima, se acercó á la mesa, y tomando una pluma se puso á escribir en un pergamino, repitiendo al mismo tiempo en alta voz lo siguiente:

«Hoy 1.º de abril del año 1488, yo Ludovico, hijo de Leonardo de Bonarroti, coloco á mi hijo Miguel-Angel en casa de Domingo y David Ghirlandajo, por el término de tres años, que empezarán á correr desde hoy día de la fecha, bajo las siguientes condiciones: el susodicho Miguel-Angel se compromete á permanecer en casa de sus maestros por espacio de tres años en clase de *aprendiz*, para ejercitarse en la pintura, y ademashacer cuanto le manden sus maestros; y en pago de sus servicios le satisfarán Domingo y David la suma de veinte y cuatro florines; seis el primer año, ocho el segundo y diez el tercero; total, noventa y seis libras.»

—Y ahora, maestro Ghirlandajo, añadió el podestá queriendo dar á sus palabras la firmeza de que carecian: tened la bondad de abonarme doce libras, por primera partida á cuenta del salario de mi hijo: he aqui el recibo.

Bonarroti pronunció estas palabras con una abnegacion sublime de dignidad y dolor. Bruto, al firmar la sentencia de muerte contra su hijo, no debió ciertamente obrar de diferente modo.

Ghirlandajo se apresuró á pagar el precio estipulado, procurando no irritar con vanas palabras al irascible aristócrata.

El podestá se levantó con gravedad, acompañó al pintor hasta la puerta, é indicándole á su hijo con digno y severo ademán, le dijo:

—Podéis llevaros el muchacho, haced de él lo que mejor os parezca, pues desde hoy os pertenece.

Por lo que respecta á Miguel-Angel, de un brinco bajó la escalera de la casa paterna, y cuando estuvo en la calle, arrojó al aire su gorra en muestra de alegría.

II.

EL ESCULTOR.

El aprendiz de Ghirlandajo entró poco tiempo despues en los jardines de Médicis, donde encontró algunos de sus antiguos camaradas picapedreros, con quienes habia jugado en Setignano. Le recibieron y festejaron cordialmente, enseñándole al mismo tiempo los mas preciosos tesoros del improvisado Museo. Miguel-Angel contemplaba con avidez todas aquellas obras maestras, mutiladas por el tiempo y colocadas en altares para ser veneradas por sus contemporáneos. La belleza antigua le llamaba la atencion aunque sin arrebatarle; á su admiracion de artista se mezclaba á pesar suyo un secreto disgusto, una emulacion instintiva, un vehemente deseo, no de imitar, sino de superar á los antiguos. Sentia subir á su cabeza desde el fondo de su alma los vapores de un desmedido orgullo, una oculta desesperacion porque le hubiesen adelantado otros hombres mas dichosos, que para immortalizarse no habian hecho mas que copiar la naturaleza. Mas él, que habia nacido despues que ellos, ¡cómo habia de superarlos! Estas ideas debieron agriar su carácter, inclinado naturalmente á la meditacion y el aislamiento; pues á la edad en que los niños se entregan á la alegría, era él ya caustico é insociable. ¿Qué hubiera dicho, gran Dios, si cuando se paseaba por los jardines de San Marcos, hubiese sabido que cuatro ó cinco años antes en el pueblo de Urbino, habia nacido un artista, la encarnacion mas completa y pura de ese bello ideal que él envidiaba en los antiguos, y que el mundo adoraria á aquel artista bajo el nombre de Rafael!

Los trabajadores de Lorenzo el Magnifico, no pudiendo adivinar las ideas que se agolpaban á la imaginacion del joven, y conociendo su aficion á las piedras, le ofrecieron un pedazo de mármol. Dejaronle en libertad de obrar como mejor le pareciese, y de volver á los jardines cuantas veces quisiera. Miguel-Angel por toda respuesta tomó un cincel, y se puso á trazar con grandes martillazos una cabeza de fauno. Abandonó á su vez el taller de Ghirlandajo, como habia abandonado la escuela de maese Francesco, con gran disgusto por parte de su maestro que perdía en su aprendiz un auxiliar poderoso, y con gran satisfaccion de sus compañeros que veian alejarse un rival aborrecido.

El día que estaba concluyendo la cabeza de su viejo fauno, se paró delante de él mirándole en silencio, un hombre como de cuarenta años, bastante feo y vestido con sobrada negligencia. Miguel-Angel trabajaba con ardor sin hacer caso del desconocido observador.

Despues de dar la última mano á su obra, se retiró un poco el joven para poder juzgar mejor del efecto de su cabeza, quedando al parecer enteramente satisfecho de ella. Esto era sin duda lo que esperaba el testigo mudo de aquella escena, el cual se adelantó con lentitud, y dando una palmadita en el hombro del joven escultor, le dijo con una leve sonrisa:

—Amigo, tengo que haceros una observacion, si me lo permitis.

Miguel-Angel se volvió con presteza hácia él, con ese aire insolente que demostraria un pillo del día en presencia de un lugareño.



Ayuntamiento de Madrid

—¿Una observacion, vos?... Estas tres palabras fueron pronunciadas con suma lentitud.

—O una critica, si asi os parece mejor.

—¿De la cabeza de mi fauno?

—De la cabeza de vuestro fauno.

—¿Y quién sois vos, caballero, para creeros con derecho a criticar mi trabajo?

—Poco os debe importar quien sea yo, siempre que sea justa mi critica.

—¿Y quién ha de decidir, caballero, cual de nosotros tiene razon?

—Os permito que vos mismo seais el juez.

—Veamos, caballero, hablad, dijo Miguel-Angel, cruzándose de brazos con aire de desconfianza.

—¿No habeis querido hacer un viejo fauno riéndose á carcajadas?

—Cierto que sí, no es muy dificil conocerlo.

—Perfectamente, añadió el critico riéndose; pero decidme, ¿dónde habeis visto que á los viejos no les falte algun diente?

Al jóven le salieron los colores al rostro y se mordió los labios; la advertencia era justa, y así que el critico volvió la espalda, con un solo golpe de cincel quitó dos dientes á su fauno, no contentándose con esto, sino que para que la ilusion fuese mas completa, procuró horadar algun tanto las encias, pero careciendo de instrumento á propósito para ello, dejó la conclusion de su obra para el dia siguiente.

Así que abrieron el jardin entró Miguel-Angel y se encontro con que habia desaparecido el fauno, y en el sitio que este ocupaba, hallábase el paisano del dia anterior.

—¿Dónde está mi fauno? preguntó el jóven escultor visiblemente enojado.

—Se le han llevado por orden mia, respondió el desconocido con su acostumbrada cachaza.

—¿Y quién sois vos, caballero, para dar órdenes en el jardin de Lorenzo el Magnífico?

—Seguidme y lo sabreis.

—Os seguiré para obligaros á que me devolvais mi fauno.

—Quizá os alegréis de dejarle donde está.

—Veremos.

—Veremos.

El desconocido se dirigió hácia el palacio siempre con la misma calma, y se disponia á subir la escalera, cuando el jóven deteniéndole por un brazo, le dijo en tono medio tímido y medio colérico:

—¿A dónde vais, caballero? ¿Creeis que se entra asi como quiera en las habitaciones del principe? En sus jardines, pase, porque se digna permitirlo. Vamos á dar lugar á que nos echen á la calle.

El desconocido atravesó la antecámara; los dependientes se levantaban á su paso, los guardias le saludaban con respeto.

Miguel-Angel le seguia cada vez con mas sobresalto.

—¿Será algun empleado de palacio? decia entre sí, asombrado de su aventura. En este caso he hecho mal en hablarle con tanto desabrimiento. Bah! al fin mi fauno me pertenece y deberá entregármelo: mi trabajo no puede quitármelo; en último resultado, si se obstinase le pagaré el mármol.

El desconocido atravesó las galerias y los salones sin que nadie tratase de impedirle la entrada.

—¡Diablo! murmuró Miguel-Angel, ¿será quizá el secretario en persona á quien he tratado con tanta aspereza? Buena la he hecho!

El desconocido sin volver la cabeza, empujó la puerta de un gabinete rígiamente amueblado y enriquecido con objetos de artes de un precio inestimable.

Miguel-Angel se detuvo en el umbral, sobrecogido y temblando: acababa de faltarle su serenidad y se

creia verdaderamente perdido. Habia ofendido á un personage que debia ser muy poderoso cuando entraba sin hacerse anunciar en el palacio de Lorenzo de Médicis. Tratando de balbucear alguna excusa, alzó la vista y vió á su viejo fauno colocado sobre una rica consola.

—Ya ves, amigo mio, le dijo el desconocido, siempre con un tono bondadoso, que si he mandado quitar á tu viejo fauno del jardin, ha sido para colocarle en mejor sitio.

—Pero, Dios mio, exclamó el jóven artista, ¿qué dirá el príncipe al ver este mal bosquejo entre tantas obras preciosas?

—El príncipe te alarga su mano, amigo mio, ven á estrecharla entre las tuyas.

Cualquiera habria doblado la rodilla ante el príncipe, pero Miguel-Angel, conmovido hasta el estremo de derramar lágrimas, bajó la cabeza y apretó cordialmente la mano que Lorenzo el Magnífico le ofrecia.

—Desde hoy en adelante eres de la casa, amigo mio, trabajarás en mi palacio; comerás á mi mesa, y no haré la menor distincion entre mis hijos y tú. Anda á mi guarda-ropa y haz que te den una hermosa capilla de color violeta, igual en un todo á las que llevan los dias festivos Pedro y Juan de Médicis.

—Monseñor, contestó el niño enternecido, antes de disfrutar de vuestros dones, permitidme ir á casa de mi padre; quiero hacerle participar de mi dicha, pues habiéndome arrojado de su casa como á un muchacho perezoso é indigno, quiero volver hecho un hombre obediente y sumiso. Conozco á mi padre, es inflexible, pero justo, y creará, en vista de lo que acaba de pasarme, que lejos de arrepentirme, me juzgo con derecho á enorgullecerme de mi falta. Desde hoy puedo presentarme en todas partes, y hasta en mi casa, con la frente erguida, porque Lorenzo de Médicis, el primer hombre de su siglo, me ha consagrado artista.

—Muy bien, hijo mio, puedes volver á la casa de tu padre y anunciarle que mi proteccion será estensiva tambien á toda su familia. En lo sucesivo le permito presentarse en palacio, y que me pida el empleo que mas le convenga en Florencia.

El anciano Bonarroti almorzaba tranquilamente en su cuarto, de donde no habia querido salir despues de la aventura de su hijo, cuando un fuerte golpe seguido de otros redoblados y violentos, hizo conmovier su puerta. El podestá corrió á abrir él mismo, y retrocedió tres pasos al aspecto de Miguel-Angel, á quien desconoció al pronto, pálido, palpitante, con la cabeza descubierta, desordenados los vestidos y cubierto de polvo y yeso. El niño se puso de un brinco al lado de su padre para arrojarle en sus brazos.

—¡Apártate desdichado! gritó el podestá, á quien tanta audacia hacia temblar de cólera.

—¡Padre mio, padre mio, escuchadme por piedad, antes de arrojarme de vuestra presencia!

—¡No te acerques, hijo indigno y degenerado!

—¡En nombre del cielo, escuchadme un instante!

—¿Quieres obligarme á que te maldiga?

—Vengo del palacio de Médicis.

—No quiero saber de donde vienes, ni lo que haces; eso es cuenta tuya y no mia. En otro tiempo tuve un hijo llamado Miguel-Angel, que debia ser, así lo esperaba yo á lo menos, la gloria, el apoyo de mi familia, la alegría, el consuelo de mi vejez; pero ya no tengo, á Dios gracias, ese hijo ingrato y rebelde; se le he vendido al maestro Ghirlandajo por diez y ocho florines.

—¡En nombre de mi madre os suplico que me escuchéis! vedme á vuestros pies.

—Vuelve á casa de tus maestros: aquel es tu puesto.

—Mi puesto, dijo Miguel-Angel levantándose con orgullo, mi puesto son las habitaciones del príncipe, padre mio; mi puesto es entre los primeros artistas de

Florenzia; mi puesto es al lado de Lorenzo el Magnífico.

—¡Dios mío! Dios mío! se vuelve loco el desdichado, exclamó el misero padre pasando de la cólera al terror.

—Seguidme, padre mío, gritó Miguel con ese acento breve y seguro que no deja lugar á duda; seguidme y vereis. Os digo que el mismo Lorenzo es quien me ha estrechado la mano, quien me ha conducido á su palacio, quien os espera, y quien os ofrece el empleo que queráis; ¡voto á tal! ¿se puede jugar por ventura con Miguel-Angel?

El anciano Bonarroti se hallaba trastornado, tenia la cabeza entre sus manos como queriendo concentrar sus ideas, y se preguntaba en medio de una extrema ansiedad, cual de los dos, su hijo ó él, habia perdido el juicio.

Miguel-Angel, sin darle tiempo para reflexionar, ó mas bien de acabar de desesperarse, le condujo medio por fuerza hasta el palacio del Magnífico. El podestá creia soñar: los guardias no atravesaban sus alabardas para impedirles el paso, y los cortesanos se apartaban respetuosamente.

Cuando llegaron á la cámara del principe, un page alzó los tapices, y el anciano Bonarroti, seguido de su hijo, se halló en presencia de Lorenzo.

—Señor Bonarroti, le dijo el principe saliéndole cortesmente al encuentro, os he hecho incomodar para pedir os permiso de conservar á mi lado á Miguel-Angel, y para felicitaros por tener un hijo que será el primer artista de su siglo. Mi casa será la suya: en cuanto á su sueldo, le fijareis vos mismo. A todo esto solo pongo una condicion, que vuestro hijo os la habrá hecho ya presente, y es la de que me pedireis el empleo que esté mas conforme con vuestros deseos y vuestras costumbres, el cual os está ya concedido de antemano.

Ludovico meditó un poco antes de responder; solo un instante habia bastado á aquel temperamento enérgico y altivo para reponerse de su emocion y de su sorpresa. Se acordó de que quien le hablaba era como él un ciudadano de Florenzia, y le alargó la mano sin orgullo pero sin bajeza, diciéndole como á un igual suyo:

—Creo que mi hijo estará pagado mas de lo que merece, si asciende su sueldo á cinco ducados mensuales.

—¿Y vos, señor Bonarroti?

—¿Yo, Lorenzo?... se halla vacante un empleo de poca consideracion en la aduana, que solo puede conferirse á un ciudadano, el cual pido porque estoy seguro de desempeñarle con honor.

—Siempre serás pobre y miserable querido Ludovico, contestó Médicis riendo, porque pudiendo elegir, limitas tu ambicion á un empleo insignificante en la aduana.

—Es bastante para el padre de un artesano, respondió Ludovico.

Este artesano debia legar al mundo el *Moises*, el *Bachus*, el *Penseroso* y otras veinte obras maestras.

III.

EL PINTOR.

Alejandro VI, el terrible Roderigo Borgia, acababa de morir envenenado con un frasco de su propio vino que él habia preparado para otros. El siglo estaba venado. Los huérfanos de las numerosas victimas que esta familia incestuosa y asesina habia sumido en el luto, veian llevar en hombros de los criados el cadáver del papa, hinchado, negro, horriblemente desfigurado, y exclamaban temblando: *¡Paso á la justicia de Dios!*

Subió al trono de San Pedro Julio II, hombre de una ambicion limitada, de un carácter de hierro, altivo, inflexible, imperioso, que no admitia réplica, y que superaba cuantos obstáculos se le oponian.

Un solo rasgo pintará á este hombre.

Miguel-Angel se habia hecho célebre, y su gloria grangeádole mil enemigos.

Cuando el papa le encargó hiciese su retrato, he aqui los términos en que lo hizo:

—Vas, dijo al escultor, á vaciar en bronce una estatua colosal, la cual colocaras en el atrio de San Petronio, toma tres mil ducados á cuenta, y cuando necesites mas dinero, acude directamente á mi. Haz pronto tu modelo, y cuida de que la obra sea digna á un mismo tiempo de Julio II y de Miguel-Angel.

—Tengo preparado el dibujo, respondió Miguel-Angel. Vuestra Santidad tendrá la mano derecha en la actitud de dar la bendicion, y en la izquierda colocará un libro.

—¡Un libro! un libro! interrumpió Julio II con furor: una espada. Por San Pablo! yo no entiendo una palabra de vuestras oscuras combinaciones, al paso que la significacion de la espada es otra cosa.

Pocos dias despues, habiendo ido al obrador del artista para ver si la obra iba adelantada, dijo sonriéndose:

—Todo está muy bien, pero dime, ¿la estatua da la bendicion ó la maldicion?

—Amenaza al pueblo si no obra bien; contestó Miguel-Angel.

En 1508 llegó Miguel-Angel de Bolonia, y al apearse en el Vaticano, sofocado aun de su viage, empolvado y cubierto de sudor, el papa le recibió en sus brazos, colmándole de bondades y halagos.

—Y mi estatua?

—Concluida: el bronce es excelente, el retrato de Vuestra Santidad, tres veces mayor que el natural, respira magestad y terror. Una espada desnuda brilla en vuestra mano izquierda segun lo habeis deseado.

—Ahora vamos á hablar de nuestros grandes proyectos; creo que me pertenece todo tu tiempo.

—Estoy á las órdenes de Vuestra Santidad.

Repetiéronse las pruebas de amistad y benevolencia.

El papa se levantó en seguida, y apoyándose en el brazo de su artista favorito, se apresuró á enseñarle cuanto se habia hecho durante su ausencia; las construcciones de San Gallo, los trabajos de Bramante, los frescos de Rafael. Miguel-Angel, siempre justo aun con sus enemigos, no escaseó los elogios.

Atravesaron la plaza de San Pedro.—Alli habia enormes trozos de mármol de Carrara esperando, solicitando casi el cincel del gran escultor.

Por último, despues de haber recorrido la iglesia en todas direcciones y los jardines de palacio, Julio II y Miguel-Angel entraron en la capilla Sixtina.—El dia empezaba á declinar.

Detúvose el papa en medio de aquella vasta capilla, y alzando una mano hácia la bóveda, dejó escapar estas pocas palabras con la mas perfecta naturalidad:

—Desde la muerte de mi tío, la decoracion de este hermoso monumento, ha permanecido sin concluir en su mayor parte. Yo quiero que se diga: Julio II ha terminado lo que empezó Sixto IV. He aqui la obra que te destino; tú serás á un mismo tiempo el arquitecto, el pintor y el decorador. Esta inmensa bóveda es para tí, llénala de frescos y adornos, puéblala de innumerables figuras. Hasta ahora solo es conocida una parte de tu genio, yo quiero que sepa el mundo, al admirar el techo de la capilla Sixtina, que Miguel-Angel es tan gran pintor como inimitable escultor.

Miguel-Angel miró al papa á la cara á fin de ver si hablaba formalmente.

—Vamos, ¿no contestas? añadió el papa.

—Creo no haber comprendido bien..... respondió el artista admirado.

—Te he elegido para pintar al fresco el techo de la capilla Sixtina. ¿Lo has entendido ahora?

—Vuestra Santidad se burla de su pobre servidor.

—¿Qué decís, maestro Bonarroti?

—Mi oficio es el de manejar el cincel y el mazo; no he pintado en mi vida; ignoro hasta los procedimientos mecánicos del fresco. Es cierto que he dibujado un modelo de la sala del consejo de Florencia, pero al fin no ha sido más que un dibujo. ¿Cómo queréis que a mi edad cambie enteramente mi carrera? Vuelvo a repetir que esto solo será una chanza, y que Vuestra Santidad quiere sin duda experimentar.

—He dicho: quiero, y a ti te toca obedecer.

—Y yo os digo, Santo Padre, que esta idea no proviene de Vuestra Santidad, sino que es un lazo infame que me tienden mis enemigos. Si rehúso, permaneceré en un rincón sin trabajo e incurro en vuestro desagrado; si acepto, fracasará infaliblemente y perderé la poca reputación que he adquirido en mi arte. ¡Pues bien, no prefiero más arrostrar la cólera de Vuestra Santidad, que esponerme a una vergüenza segura. Estoy resuelto, parto al instante a Florencia.

—Ya se arreglará todo, gritó Julio, y se retiró bruscamente dejando al artista sumido en su muda desesperación.

Lo que pasó entonces en el alma de Miguel-Angel, solo Dios y él podrán saberlo. La historia no presenta ejemplo de tormentos de esta naturaleza, y si no sucumbió a aquel golpe, fué por estar dotado de un valor sobrehumano.

Figuraos a un hombre que tiene concebidas ya en su imaginación cuarenta estatuas, que solo necesita golpear sobre el mármol para ver aparecer y animarse sus gigantesas creaciones, y que llega dichoso y confiado a empezar su obra. Figuraos a este mismo hombre que por un esfuerzo sublime, inaudito, desesperado, cambia de repente sus planes, su fin, sus medios, olvida su pueblo de piedras, y evoca un nuevo reino de sombras y colores; que pasa, en fin, de un arte a otro en el intervalo de una sola noche! ¿Qué lucha tan inmensa! ¿Qué magnífico espectáculo! Este es el más brillante triunfo de la voluntad humana.

Julio II halló el día siguiente al artista en el mismo sitio donde le había dejado la víspera, con la cabeza inclinada hacia la tierra, la mirada fija, los brazos cruzados, y absorto al parecer en una profunda meditación. Los sufrimientos de aquella larga noche habían dejado ciertas huellas en sus marchitas mejillas, en sus encarnados y secos ojos, pero el fuego del genio brillaba en su frente.

—¿Y qué? dijo el papa.

—Acepto, respondió Miguel-Angel.

—Estaba seguro de ello. Créeme, Miguel-Angel: creyendo hundirte tus enemigos, te han proporcionado un nuevo triunfo.

En los días siguientes hizo Miguel-Angel que fuesen de Florencia Santiago de Sandro, Angel de Donnino, Bujiardini, Granani; en fin, los pintores más afamados en el género de los frescos. Hizoles subir en su andamio, y señalándoles un lienzo de pared, les mandó trabajar a su lado. Dos ó tres horas le bastaron para ponerse al corriente del mecanismo que ignoraba. Les pagó generosamente, destruyó cuanto acababan de hacer, se encerró solo en la capilla, y no quiso ver a nadie.

Sin ayudantes y sin aprendices, preparó la cal, hizo el blanqueo y molió los colores.

Miguel-Angel no empleó más que veinte meses en su obra inmensa. El día que quitó los andamios, estaban tan acostumbrados sus ojos a mirar hacia arriba, que no podía dirigir la vista al suelo; tierno y doloroso símbolo del genio verse obligado aun a descender entre los hombres después de haber habitado algún tiempo las regiones celestes!

En medio de los tormentos de toda especie que si-

liaron a Miguel-Angel durante aquella gran prueba, necesario es también tener en cuenta las impacencias, los disgustos, las amenazas del fogoso pontífice. A pesar de sus años y de su delicada salud, este hombre indomable subía a cada momento sobre el andamio, se deslizaba bajo la bóveda, reñía, aconsejaba, y daba prisa al pobre artista, que hubiera dado gustosamente los años que le restaban de vida porque le dejaran trabajar sosegadamente.

Cierta día, que le hizo una observación acerca de lo parco que andaba en el empleo de colores brillantes, y sobre la pobreza de los dorados, respondió el artista:

—Santo Padre, los hombres que yo pinto ahí arriba no llevaban oro en su tiempo, eran unos santos varones que amaban la pobreza y despreciaban las riquezas.

En otra ocasión, quejándose de la lentitud del artista, exclamaba el papa:

—¿Cuándo acabarás?

—Cuando esté satisfecho de mi obra, respondió Miguel-Angel.

Ultimamente, aproximándose la fiesta de todos los Santos, subió el papa por última vez sobre el andamio, y declaró en pocas palabras al pintor: que él, Julio II, a quien nadie se atrevía a desobedecer, quería decir el referido día la misa en la capilla.

—¿Y si no he acabado para ese día? respondió el artista con la misma impaciencia.

—¿Si no has acabado... si no has acabado?... Te haré echar abajo de ese andamio.

—Es hombre capaz de hacerlo como lo dice, dijo Miguel-Angel para sí, y aquella misma tarde desapareció el andamio.

No intentaré siquiera describir la terrible impresión que produjo aquella obra maestra cuando fué espuesta a la admiración pública. Entonces como ahora, la bóveda de la Sixtina se consideró como el prodigio más asombroso del arte humano. Miguel-Angel tenía setenta y tres años cuando acabó estas pinturas.

Dos años después murió el papa, y Miguel-Angel lloró amargamente su muerte. Estos dos caracteres habían nacido el uno para el otro. Julio II no podía pasarse sin Miguel-Angel. Cuéntase que poco tiempo antes de morir el papa, ocurrió entre él y Miguel-Angel un pequeño disgusto con motivo de pedir este último permiso para marchar a ver la fiesta de San Juan a Florencia, disgusto que terminó como siempre con dobles protestas de amistad y favor. Asegúrase asimismo que el pobre anciano, conociendo que llegaba su última hora, y no queriendo dejar un amargo recuerdo en el corazón del artista a quien tanto había apreciado, hizo que le dieran en su nombre las más tiernas satisfacciones, y le envió un regalo de quinientos ducados para que se divertiese durante la fiesta.

Julio II es el único que se atrevió a reconvenir, amenazar y maltratar a Miguel-Angel, habiendo llegado un día hasta el extremo de amenazarle con un bastón, y sin embargo el grande artista jamás pudo consolarse de su pérdida; y sin embargo, después de su criador Urbino, Julio II fué a quien más amó Miguel-Angel sobre la tierra.

IV.

EL ENFERMO.

Trabajando Miguel-Angel en su cuadro del Juicio final, cayó del andamio y se hirió gravemente una pierna. Exasperado por el dolor y acometido de un acceso de misantropía, el pintor se encerró en su casa y no permitía que nadie le viese.

Pero no contaba con su médico, y este en aquella ocasión era, cuando menos, tan tonto como el enfermo.



Este excelente ministro de Esculapio, llamado Baccio Rontini, habiendo sabido por casualidad el accidente ocurrido al grande artista, se presentó en su casa llamando inútilmente á la puerta.

Nadie le respondía.

Grita, se desespera, llama en alta voz á los vecinos, á los criados, pero siempre el mismo silencio.

Va á buscar una escalera, la arrima contra la fachada de la casa, é intenta entrar por las ventanas, pero estas se hallan herméticamente cerradas y las maderas son muy sólidas.

¿Qué hacer, pues? Otro cualquiera que no hubiese sido el médico, habría desistido de su empresa; pero Rontini no era hombre que se desanimaba por tan poca cosa. Bajó con sumo trabajo á la cueva, volvió á subir con no menos al cuarto de Bonarroti, y medio de grado, medio por fuerza, curó triunfalmente la pierna de su amigo.

Ya era tiempo, ciertamente.

El artista exasperado por sus padecimientos, había resuelto dejarse morir.

V.

EL ARQUITECTO.

Miguel-Angel, como arquitecto, nos ha dejado la sacristía y la biblioteca de San Lorenzo, el coronamiento del palacio Farnesio, la iglesia de San Juan de los Florentinos, el Capitolio y la milagrosa cúpula de San Pedro de Roma. La historia de este monumento, la mayor maravilla de cuantas los hombres han levantado en el mundo, forma por sí sola un volumen crecido. Constantino colocó la primera piedra hacia el año 324; Honorio hizo poner las puertas de plata maciza el de 626, y en 846 se las llevaron los sarracenos. Diferentes papas hicieron reparar la antigua basilica en los siglos XIII y XIV. Nicolas V concibió la idea de reedificar á San Pedro con arreglo á los dibujos de Leon Bautista Alberti; mas apenas empezaron á levantarse sus paredes maestras, murió dicho papa y quedó todo abandonado.

Ultimamente, el 18 de abril de 1506, Julio II que entraba entonces en los setenta y tres años de su vida, tuvo la gloria de colocar la primera piedra de la nueva construcción; y Bramante, Rafael, Julian de San-Gallo, Fra Joconda de Verona, continuaron sucesivamente el edificio. Sumas enormes é incalculables se tragaba el abismo de aquella obra inmensa, que parecía destinada, cual moderna Babel, á no acabarse jamás.

Cuando Pablo III recurrió, como á una áncora de salvación, á la alta ciencia y austera probidad de Bonarroti, la empresa de San Pedro habia llegado á ser un ancho campo de tráfico, avaricias y dilapidaciones; ciento cincuenta años de trabajos y diez millones invertidos, no habrían bastado para terminar aquel bosque de campanarios, de cúpulas, de chapiteles, de columnas, de pórticos, de arcadas, de adornos de todos los gustos, y todas las épocas, que la avidez de los arquitectos habia multiplicado y amontonado en el multiforme proyecto.

Miguel-Angel trató de alejar de sí cuanto pudo aquella copa de amargura; no ignoraba cuantos disgustos y pesares le estaban reservados para sus últimos años. «Dios es testigo, exclamaba en Vasari, de que aceptó la empresa de San Pedro solo á la fuerza y contra todo mi gusto.» En una carta á Ammannasi, decia, hablando de su modelo: «Si le adopta, me causará gran perjuicio; y os estimaré me hagais el favor de hacérselo asi entender al papa, pues no estoy nada bueno.»

Mas á pesar de sus reiteradas negativas, se vió al

TOMO VI.

fin precisado á aceptar. Hizo en seguida que le presentasen el modelo de su antecesor, y los discípulos y partidarios de San-Gallo, preveyendo que el advenimiento de Miguel-Angel pondria término á su organizado pillage, le presentaron los planos de su maestro esclamando amargamente:

— Es un campo donde siempre habrá que segar.

— Decis mas verdad de lo que creéis, contestó Miguel-Angel; solo falta una cosa á ese hermoso dibujo, la unidad.

En quince dias hizo su modelo en relieve, el cual solo costó veinte y cinco escudos. Para ejecutar el de San-Gallo se emplearon cuatro años y costó cinco mil ciento ochenta escudos de oro.

El dia siguiente al en que fué espuesto el nuevo plan de Miguel-Angel, un decreto de *proprio motu* del papa, le nombraba arquitecto y director principal de las construcciones de San Pedro.

Bonarroti solo exigió una condicion indispensable, que fué la de que sus cargos habian de ser gratuitos. Quería predicar prácticamente.

Provisto de los mas absolutos poderes, el austero é inflexible anciano se presentó en San Pedro. Hizo demoler la obra de San-Gallo, y despidió sin compasion á aquella turba vergonzosa de intrigantes y ladrones, del mismo modo que Jesucristo habia arrojado en otro tiempo de su templo á los mercaderes.

El nuevo edificio empezó á levantarse por todas partes como por encanto, en sus sencillas y magestuosas proporciones, sobre el plano de una cruz griega. En tres años construyó Miguel-Angel las cuatro naves, terminó las dos escaleras principales que conducen á la cima de las bóvedas, fortificó los arcos y reforzó los pilares. El edificio progresaba ostensiblemente. El objeto del grande artista era evitar cualquiera recomposicion, cualquiera profanacion que la avaricia ó la envidia hubieran podido intentar contra su proyecto. Pablo III al fin, antes de su muerte acaecida en 1549, tuvo el consuelo de ver la forma de la gran basilica, irrevocablemente acordada.

El mismo orden corintio reinaba en el exterior que en el interior. Los hemicírculos de las dos ventanas, los compartimientos de sus bóvedas, sus capillas y las ventanas por donde recibian la luz, estaban terminadas. Vióse por último alzarse en piedra el basamento exterior desde donde debía elevarse hasta el cielo, por medio de una sola hilera de columnas, aquella admirable cúpula, el *non plus ultra* del arte humano.

Durante diez y siete años consecutivos y á pesar de las contrariedades y los disgustos de todos géneros experimentados por Miguel-Angel, ora por el cambio de los diferentes papas que se sucedieron, ora por las calumnias y cábalas de sus numerosos enemigos, no cesó de trabajar un instante con tanta actividad como desintéres en aquella grande obra, cuya conclusion miraba ya como el mas sagrado de sus deberes.

En una de sus cartas, en que contestaba á los ofrecimientos y las instancias que le hacian de parte del duque de Toscana, para que pasase á su lado, leemos lo siguiente:

«Conseguid de su señoría que con su permiso pueda yo continuar la construcción de San Pedro, hasta ponerla en estado de que no sea ya posible darla otra forma. Si la abandono antes de este tiempo, será la causa de una gran ruina, de una vergüenza sin limites, y de un enorme pecado.»

Consiguió al fin su objeto. Despues de su muerte, aquella inmensa bóveda fué ejecutada religiosamente con arreglo á su modelo, por Giacomo della Porta y Domenico Fontana.

Llevaron á tal extremo el respeto hácia la que miraban con razon como la última voluntad del grande ar-

tista, que Pio IV destituyó á un tal Piero Ligorio por haberse atrevido á separarse de ella.

Por lo tanto la iglesia de San Pedro debe evidentemente su existencia á Miguel-Ángel, y aun cuando la hayan prolongado, continuándola en cruz latina, el genio de Miguel-Ángel se descubre todo entero en aquella obra.

Esta es la verdadera tumba que debe habitar su grande alma si viene alguna vez á visitar la tierra. Ese es el solo monumento digno del grande artista.

VI.

EL HOMBRE.

A pesar de tanta gloria y tantos trabajos, á pesar de una vida tan larga y tan azarosa, tan llena de pruebas y de triunfos, la vejez de Miguel-Ángel fué triste y desconsolada. Solo él sobrevivió á su siglo. Bramante, Sangallo, Rafael, todos sus compañeros, todos sus rivales, todos sus enemigos habian muerto. ¡Habia visto elevarse y desaparecer tantos principes, tantos reyes, tantos papas! Sombrio y taciturno anciano, él solo quedaba en pie sobre los restos de su envilecida nacion, y para colmo de infortunio, despues de haber llevado el arte al mas alto grado á que puede llegar el hombre, no dejaba en pos de sí discípulos ni imitadores á la posteridad que ambicionaba un artista.

En sus horas de negra tristeza y de inconsolable amargura, sacudia el peso de sus recuerdos dando repetidos golpes sobre el mármol. De este modo trazó el último grupo que destinaba para su tumba, el cual era su asunto favorito: Jesucristo muerto sobre las rodillas de su madre.

Sóbrio consigo mismo, generoso con los demas, se sustentaba á menudo con un pedazo de pan, y daba sumas enormes á sus sobrinos, á sus servidores, á los pobres, y sobre todo á los artistas. Fuerte para el trabajo, enemigo del placer, sério, grave, austero, amaba la soledad, y huía del trato de los hombres; jamás transigia con sus deberes, severo con los demas y mas aun consigo mismo, aborrecia la infamia y despreciaba la necesidad. Su vida fué completamente irreprochable, tenia una virtud estoica, un carácter lacedemoniano, el alma de Catón, el genio de Fidias.

Murió tranquilamente de una calentura lenta el 17 de febrero de 1563, á la edad de ochenta y ocho años, once meses y quince días.

Su testamento estaba contenido en estas pocas palabras:

«Dejo mi alma á Dios, mi cuerpo á la tierra, mis bienes á mis parientes mas inmediatos.»

Vasari nos ha conservado su retrato.

«Cabeza redonda, frente cuadrada y espaciosa, sienes muy pronunciadas, nariz aplastada (de resultas de un puñetazo que le dió Torregiani); ojos mas bien pequeños que grandes, cejas poco pobladas, labios delgados, barba bien proporcionada, poco espesa y dividida en dos mechones iguales hacia el centro.»

Miguel-Ángel era de mediana estatura, tenia las espaldas anchas y el cuerpo bien proporcionado, y un carácter seco y nervioso. No padeció mas que dos enfermedades en el trascurso de su larga vida, su compleción era sana y robusta.

Solo se le conocieron unos amores casi platónicos, una admiracion respetuosa y firme hacia Vittoria Colonna, esa muger célebre por mas de un título y que ha dejado un hermoso nombre en la historia de la poesía italiana.

Miguel-Ángel se echaba en cara amargamente el no haberla besado la frente en lugar de la mano la última vez que la vió. Su verdadera pasión era el arte.

Este amor platónico inspiró á Bonarroti varias poesías del gusto y estilo de Petrarca; pero á través de aquella limpida y trasparente poesía se descubre cierta especie de energía y resolucion. Son las garras del león que no pueden ocultarse enteramente.



LA PIEDAD, POR MIGUEL-ÁNGEL.

El mayor cariño de Miguel-Ángel fué el que profesó á su criado Urbino, el cual á pesar de sus ochenta y dos años, quiso velarle todo el tiempo que duró su última enfermedad, y pasó muchas noches sin desnudarse á la cabecera de su cama. Miguel-Ángel le dió ochenta mil reales para que no tuviese necesidad de servir á ningun otro amo.

La posteridad conoce la historia de Miguel-Ángel en tres palabras y puede apreciarla en un solo día y bajo tres puntos de vista. Ha dejado en tres artes distintas las tres mas grandes obras que se conocen: *El Juicio final*, *Moises* y *la Cúpula de San Pedro*.

ALEJANDRO DUMAS.



ESPAÑA CABALLERESCA.

FERNANDO VI Y FARINELLI.

1747.

Toda historia tiene algo de novela.
Toda novela tiene algo de historia

I.



El tratado de Utrech habia terminado la guerra de sucesion que á la muerte de Carlos II habia sostenido la Europa por la posesion del trono de España. Felipe V habia subido al trono, y entró como conquistador en las provincias sometidas, y para castigarlas de su resistencia, las despojó de sus franquicias, de sus fueros, dejando así en la nacion apenas pacificada, fecundos gérmenes de turbacion y descontento. El reinado de Felipe V dirigido por ministros hábiles, fué glorioso y útil á la nacion. Sus ejércitos alcanzaron victorias, empero la desmesurada ambicion de su ministro Alberoni, y el espíritu de dominacion é invasion que dominaba á la reina, hicieron de la corte de Madrid un foco de agitacion é intriga temible á toda la Europa.

La España no vió sin embargo realizadas sino una débil parte de las esperanzas brillantes con que se habia anunciado la dinastia de Borbon.

El sucesor de Felipe V, Fernando el VI, no acaba la obra comenzada, no se coloca á la altura que el estado de los nacion, sus recursos y el carácter de sus habitantes podian reclamar. Hizo feliz á la nacion en lo presente sin cuidarse de su porvenir, gobernó con una sabia moderacion, dejando reposar á los pueblos fatigados con tantas y tan largas guerras. En su tiempo se comenzaron los primeros trabajos del canal de Castilla, obra emprendida *dos años antes* de que se hiciesen los primeros ensayos de este género en Inglaterra.

La España era feliz, las bendiciones de los pueblos ensalzaban el nombre de su pacífico rey; empero el rey se hallaba atacado de un mal terrible, mal que una fatalidad parecia haber hecho inherente al trono de España. Fernando VI padecia este mal en un grado mas profundo que lo habian padecido otros reyes de España. ¡La melancolia! ese abatimiento, esa postracion de las fuerzas del alma que disgustan al hombre de todo, que le hace buscar la soledad y el aislamiento, donde este mal sombrío se nutre, adquiere mas fuerzas é intensidad, y le hace olvidarse de si mismo!!....

Una negra melancolia mina en los últimos años la existencia de Isabel I, esa gran reina que despues de haber arrojado á los árabes de España y dado un nuevo mundo á Castilla, los pesares domésticos la consumen. Su hija doña Juana (la Loca) reina de España, pasa su larga vida entregada á la tristeza mas profunda, llorando enamorada sobre la tumba de su esposo.

Carlos V en el apogeo de su gloria renunció las co-

ronas que con tanta gloria llevaban sus victoriosas sienes, y se sepulta en el monasterio de Yuste, y presenciaba sus propios funerales, y su melancolia le precipita poco tiempo despues en la tumba. Su hijo Felipe II durante su larga enfermedad se hace llevar á su cámara el féretro en que habia de ser encerrado, y lo contempla y alimenta con su vista su tristeza, tristeza inmensa en un corazon que fué siempre tétrico y sombrío! Felipe IV, este monarca tan galante, cuya corte parecia mas la de un príncipe mahometano del Asia, que la de un príncipe cristiano, pasa tristemente los últimos años de su vida en el Escorial donde fundó el panteon, ese magnífico sepulcro de los reyes de España! Carlos II triste siempre, marchito desde su juventud, nunca sonríe, y en vano las exortaciones de su confesor intentan hacerle volver á cerrar y apartar su vista de los sepulcros de su padre y de su esposa Luisa de Orleans, cuyos despojos queria contemplar á cada instante! Felipe V á los cuarenta años de edad presa de una sombría tristeza, abdica desengañado de la vanidad de las cosas humanas, en su hijo; empero la muerte de este le hace al año tornar al trono, pero pasa encerrado solo meses enteros, sin cuidarse de su alimento, y desaliñado en su persona y vestido! Fernando VI padecia una melancolia mas sombría que la de su padre y no hallaba remedio alguno en la afeccion que dominaba su salud y debilitaba su espíritu! Nosotros hemos visto un año antes de su muerte á Fernando VII pasear en su coche las calles de la capital, profundamente melancólico sin distraer sus miradas en nada; fijos sus grandes y hermosos ojos cubiertos de ese tinte amarillento, signo característico de esa enfermedad que Hipócrates llamó ya *Morbus regia*, ora porque es mas frecuente en los poderosos que en los pobres, ora porque el color del manto de los reyes era el amarillo antes del descubrimiento de la púrpura! Fatal enfermedad de que nos habla ya la Escritura santa cuando nos presenta á Saul dominado de melancolia unas veces, de furor otras, y cediendo siempre á los armoniosos acentos del arpa de David!!!

Prodigio que se reprodujo en España á principios del siglo pasado, con Fernando VI y su favorito Farinelli!!....

Madrid se hallaba en la mayor consternacion. Hacia un mes que el rey Fernando VI no salia de sus habitaciones. A nadie recibia en ellas. Solo su primer médico de cámara, el doctor Zúñiga, tenia entrada en ellas. Por él solo se sabia de la existencia del rey. Desconfiábase de sus noticias; alarmada la corte y el pueblo, temia que una intriga se encubria en esta misteriosa ocultacion del rey á quien tanto amaba, y aun los mas entendidos en la historia recordaban que muerto don Juan II de una caída de un caballo en los campos de Alcalá de Henares, el arzobispo de Toledo don Pedro Tenorio alzando una tienda en el campo y aparentando cuidarle, ocultó ocho dias su muerte á toda Castilla.

Susurrábase en Madrid que el rey habia muerto y que ocultaban su muerte los ministros de acuerdo con el médico de cámara; y estos rumores tomando diariamente cuerpo, alarmaron los ánimos y produjeron tal exasperacion que amenazaba de un instante á otro estallar en violenta esplosion el descontento público. Corrian las mas absurdas noticias y explotábalas el espíritu de los partidos. Hablábase de apoyar por unos la regen-

cia de la reina María Bárbara, esposa de Fernando VI, mientras otros contrarios acérrimos de esta joven é interesante princesa, se pronunciaban abiertamente por el infante don Felipe, hermano del rey. En este partido se contaba la Inquisición, elemento poderoso y temible entonces en España, que detestaba á la reina y que había procurado con sus malas artes enemistar al rey con su esposa que ciegamente le amaba y se dolía de su profunda tristeza. Todos creían muerto ya al rey, ó muy próximo á su fin, y conspiraban en favor de la futura regencia.

—¿Y el rey? preguntó al médico Zúñiga el marqués de Priego.

—Sois de los nuestros, respondió misteriosamente el médico, y os puedo hablar con confianza. Todo va muy bien.

—¡Ah! exclamó el marqués.

—Fernando VI, nuestro rey y señor, está sujeto, como sabéis á una afección de melancolía, de humor negro En fin, á lo que nosotros los facultativos llamamos hipocondría.

—Con efecto.

—Hace un mes que el mal hace progresos alarmantes.... El rey no sale de su cuarto.... no quiere ver á nadie.... encerrado en su gabinete casi oscuro, rehúsa mudarse de ropa... no se quiere dejar afeitar... trivial es el decirlo, pero es histórico.

—Por eso sin duda ha corrido ya muchas veces el rumor de su muerte en Madrid.

—Lo que es mas estupendo aun, es que el pueblo la tome conmigo, tirándome piedras cuando salgo á la calle de día.

—Cosas del populacho!

—Le desprecio y no salgo sino de noche; pero gracias á Dios todo cambiará muy pronto. El rey se debilita visiblemente.

—Sin embargo, es muy joven aun....

—Lo sé muy bien... unos treinta y cinco años apenas, pero su educación, su constitución débil.... en fin, no está distante el día, en que Fernando VI imitando á su abuelo Carlos V y á su padre Felipe V se retire á un claustro dejando la regencia del reino.

—¿A su muger la reina doña María Bárbara?

—¡No, vive Dios! sino á su hermano el infante don Felipe, excelente príncipe, muy adicto á la santa Inquisición. Bueno fuera y tendría que ver gobernar á María Bárbara la España. Una princesa portuguesa loca, mundana, amiga de las artes.

—¿Y que debemos hacer los que opinamos como vos, doctor Zúñiga?

—Aguardar los sucesos, ensalzar hasta las nubes al infante don Felipe, y hablar lo mas mal posible de la reina.

—No le faltan partidarios, es joven y bonita y propalan qué el rey ha muerto y que los partidarios del infante don Felipe van á dar un golpe de mano para apoderarse del poder.

—Al contrario, amigo mio, dijo con calor el doctor, el partido de la reina es el que se agita é intriga; yo sé que esta noche, añadió con aire misterioso, va á sorprenderse una casa donde se juntan los principales parciales de María Bárbara. Dicen que la reina misma irá allí secretamente.

—Ah! esa es una invención vuestra! Por eso el pueblo os tira piedras cuando os vé.



II.

Era una hermosa noche de verano. Oíase el confuso rumor de la agitación en que se hallaba la villa de Madrid. Un hombre pobremente vestido, empero de agraciado y hermoso rostro, con un bandolín á la es-

palda, como lo llevan los músicos y cantores ambulantes, daba el brazo á una joven de lindo y esbello talle, enteramente cubierta con un velo. Caminaban por la plaza del Oriente hácia el palacio con acelerados pasos, y la desconocida revelaba la mas viva inquietud, agitación y sobresalto.

—Tranquilizaos, señora, tranquilizaos, le dijo con una voz, cuya dulzura hubieran envidiado los ángeles, el pobre músico.

La desconocida no contestó, y redobló la celeridad de sus pasos. Cerca ya del palacio dió un profundo suspiro.

—Bendito sea Dios! dijo, ¡Ah! cualquiera que seais, al acompañarme hasta aquí, me habeis hecho un gran servicio que jamás olvidaré!

—Me diréis, señora, dijo el jóven, á quien he tenido la dicha de poder ser útil apenas he llegado á esta capital?

La desconocida que temia aun ser perseguida y que pudiesen reconocerla; se adelantó á las puertas del palacio. El centinela oponiéndose á su entrada, la dijo:

—No se puede pasar.

Apartó la desconocida el espeso velo que ocultaba sus facciones, pronunció en voz baja una palabra, el centinela se cuadró respetuosamente, presentó su arma y entró en el palacio la dama desconocida.

Al llegar el jóven que la habia acompañado, el centinela le gritó bruscamente

—Atrás!

Quedóse parado el pobre jóven en la plaza del Oriente, sin saberse dar cuenta á sí mismo de lo que acababa de pasarle. Llegaba pobre, sin mas caudal que su talento y su deseo de hacer fortuna, á la capital de las Españas; al salir, en una calle que no conocia, de dejar en una humilde casa su modesto equipage: vióse á pique de ser derribado en el suelo y atropellado por una multitud de hombres que á todo correr huian de una casa, perseguidos por los alguaciles y los alcaldes de corte; apenas recobró su equilibrio, se sintió cogido por el brazo, y una muger temblando, desolada, le suplica que sea su guia, y la conduzca á palacio, que se hallaba muy cerca.

La desconocida no habia hablado una palabra, no habia dicho nada por donde pudiera el jóven reconocerla.... no tenia medio de volver algun dia á encontrarla.... Solo, en los momentos de su turbacion habia perdido un guante que el jóven habia apresuradamente recogido, y que no habia tenido tiempo de devolverle.

Quedó un momento sumido en sus reflexiones; el jóven sacó el guante, y á la luz de los reflejos que despedian por las ventanas las iluminadas estancias bajas del palacio, vió que el guante tenia una cifra.... una M. y una B., bordadas en oro.... y pensó que debian pertenecer á alguna gran señora.

Hombre de resolucion y de talento, propúsose informarse al dia siguiente, penetrar en el misterio de la aventura en que se habia visto envuelto, y concibió esperanza de que aquel guante seria para él un talisman que le abriria el camino de la fortuna.

Empero antes de llegar á mañana, era preciso pasar la noche; necesitaba un albergue, alimento para su desfallecido estómago, debilitado por la larga jornada que habia hecho á pie, metió la mano en sus bolsillos y los sacó vacios; pensó entonces en la triste realidad, huyendo de su imaginacion sus quiméricas ilusiones, si bien sin inquietarse demasiado, diciendo para sí mismo:—Qué diablo! esta es la vida del artista!.... hoy sin un cuarto.... mañana rico como un arzobispo!

En aquel momento, un hombre de edad, con una gran peluca empolvada, salia del palacio, precedido de dos lacayos; uno de ellos gritó: «El coche del primer médico del rey!»

El jóven y ambulante músico se interpuso inmediatamente entre el grave doctor y el coche, que arrastrado por dos mulas, vino á colocarse á la puerta del palacio.

El primer médico! pensó entre sí el jóven, esta es una potencia.... si me atreviese yo.... y por qué no.... y deteniendo al grave doctor en el momento en que iba

á tomar el coche, le dijo.... quisiera hablar á vuestra excelencia.

—Marchaos, gritó con altivez el médico, perdonad por Dios, no llevo dinero!

—Me tomáis por un mendigo, contestó el jóven sin desconcertarse, es una consulta la que quiero haceros.... y vuestro inmenso talento, vuestra popularidad....

Aplacóse algun tanto el doctor, pero refunfuñando contestó:

—Breve, porque me están aguardando.... que tenéis?

—Qué tengo? soy un artista, un cantor.

—Un cantor.... replicó con desprecio el doctor.

—Que ha dado pruebas de su talento.... me atrevo á decirlo, y cuento con vuestra proteccion para entrar en palacio.

—En palacio! vaya una desvergüenza, dijo impaciente el médico.

—No me rehuséis, señor, vuestra proteccion, la medicina y la música se deben ausiliar.... Esculapio es el hijo de Apolo.

Falto ya de paciencia el doctor Zúñiga, le gritó con el mayor furor y desprecio. Atrás! aventurero.... histrión!.... Dad gracias á Dios que no os mando apalear por mis criados....

Metióse de pronto en el coche. El jóven aun por la ventanilla con el sombrero en la mano, le seguia hablando, cuando las mulas arrancaron andando llevando muy arrellanado en el interior del coche al doctor, tan henchido de vanidad, y tan infatuado con su ciencia, que despreciaba á aquel pobre jóven cuya fama iba á ser pronto europea, cuyo nombre por su raro desinterés iba á conquistar un lugar en la historia de uno de los mas poderosos reinos del mundo, al paso que el suyo se perderia si no fuese por ir unido al de este jóven, en la oscuridad en que se pierden todas las medianías que á veces en vida se tienen por grandes y eternas notabilidades!

—Está visto que esta noche no saldré bien en nada, dijo el jóven casi riendose de su desgracia, nada.... nada.... ni la mas pequeña moneda perdida en las cavidades de mis bolsillos, y al mismo tiempo introducía las dos manos en ellos. No hay medio de salir de este apuro! Permaneció un momento meditabundo, y luego exclamó vivamente.

—Si, uno hay.... Nadie me conoce.... es de noche! Esta plaza hará un soberbio teatro, y los espectadores no pagarán sino despues de haber oido, si están contentos.... Justamente hay muchas gentes tomando el fresco en la plaza.... el instante es favorable.... manos á la obra.... y fuera vergüenza!

Cogió su bandolín, puso su sombrero en el suelo, y comenzó á tocar un armonioso preludio.

Poco á poco las gentes que se paseaban, atraídas por la dulce melodía, fueron aproximándose á él y formaron un gran corro á su alrededor. Cuando se vió ya con espectadores con una voz encantadora, deliciosa, divina, entonó esta cancion.

—
Mi voz se estiende y agita
Y apaga despues su ardor,
Que el corazon me palpita
Con las canciones de amor!

—
Toda la vida suspira
Amoroso el ruiseñor,
La blanca paloma espira
En los arrullos de amor!

Canta al son de su cadena
El cautivo su dolor,
Y solo alivia su pena
Con las canciones de amor!

Errante sobre la tierra
Vaga el pobre trovador,
Toda su vida se encierra
En sus canciones de amor!

Que cuando la muerte fiera
Me arrebate en mi verdor,
Al menos cantando muera
Dulces canciones de amor!

Que al terminarse mis dias
Cubra mi ronco estertor,
El eco de las orgías
Y las canciones de amor!

El mas activo festin
De su orquesta entre el rumor,
No desdena el bandolin
Y mis canciones de amor!

Dad limosna á mi pobreza
Que os lo pagará el Señor!....
Yo no tengo otra riqueza
Que mis canciones de amor!!!!....

Arrebatados todos los concurrentes, aplaudieron enagenados al desconocido cantor, y arrojaron en su sombrero á porfia monedas de cobre y plata.

Iba á comenzar otra cancion cediendo á las urgentes instancias de la entusiasmada multitud, cuando un oficial seguido de algunos guardias, dirigiéndose al desconocido cantor, le dijo:

—En nombre del rey, seguidme!

Descubriéronse todos con temor al oír el nombre del rey.

—Estais equivocado, dijo el desconocido cantor. Yo arrestado!... Acabo de llegar á Madrid!

—Seguidme en nombre del rey! repitió el oficial, y por mas que protestaba de su inocencia el aterrado joven, entráronle los guardias en el palacio, quedando haciendo mil comentarios sobre tan estraña aventura todos los concurrentes. Propensa siempre á pensar mal la ignorante muchedumbre, decian unos que era un conspirador, otros que un espia; pero convinieron todos en que era un joven que cantaba como un ángel, que su voz penetraba hasta el fondo de los corazones y los dominaba.

El desconocido cantor era Carlos Broschi, uno de aquellos grandes talentos, seres estraordinarios que produce de cuando en cuando la naturaleza, y que habia venido pobre á Madrid, ocultando su nombre con el de Farinelli, bajo el que consiguió una fama, una celebridad inmortal!!!

III.

El marqués de Priego y el doctor Zúñiga se hallaban en la cámara real al dia siguiente del suceso que acabamos de referir.

—Qué tal ha pasado la noche S. M? preguntó el marqués, sigue siempre en el mismo abatimiento?

—Al contrario, amigo mio, contestó el doctor, jamás se ha sentido mejor; tuvo anoche el estraordinario capricho de hacer subir á su aposento á un músico ambulante que estaba cantando en la plaza de Oriente....

—Dicen, respondió el marqués, que la voz de ese hombre ha conmovido al rey hasta el punto de hacerle verter lágrimas....

—En efecto, colocado en un aposento inmediato al de S. M., á los primeros acentos del cantor se estremeció. Es la voz de los ángeles! dijo, y escuchó atentamente; despues conmovido, se puso de rodillas y lloró, cosa que no le habia sucedido en toda su enfermedad. Otra vez! otra vez! gritó; quiero oír esos acentos que me han aliviado, que me han devuelto la vida! Cantó de nuevo el músico, y el rey habiendo vuelto en sí, salió de su cuarto, abrazó al desconocido cantor exclamando: Mi ángel, mi salvador, quien quiera que seas, pídemelo lo que quieras, yo te lo doy, te lo concedo!

—Es prodigioso! es un rapto de locura!

—No, es la impresion que la voz de ese hombre produce sobre su sistema nervioso.

—Y ese aventurero habrá querido enriquecerse abusando del enagenamiento del rey.

—Ese aventurero le respondió inmediatamente: Pido á V. M. que se mude la ropa blanca y se deje afeitar... El rey se ha mudado, se ha dejado afeitar y ha pasado muy tranquilo la noche; empero el aventurero no volverá á poner los pies mas en el cuarto de S. M.

—Es un escandaloso bofetón dado á toda la facultad!

—Y ademas anuncia en S. M. un fondo de sensibilidad que yo no creia!

—El hecho es que S. M. se ha enternecido.... Ya veis que si fuese á enternecerse en favor de la reina, nuestros planes quedarian burlados.

—Lástima que ayer, dijo el médico, no se le hubiese podido sorprender en casa del conde de los Arcos donde dicen asistió y se habian reunido sus partidarios. Felizmente la Inquisición, añadió despues con gran misterio, ha tomado cartas en el juego, y pedido al rey haga salir á la reina de Madrid; entonces sus parciales quedaran desconcertados, el rey ha hablado ya varias veces de abdicar.

—Es tanta su melancolia?

—Tanta que ya en dos veces distintas sin motivo alguno ha querido atentar á sus dias, y á pesar de la desesperacion de la reina y de las exortaciones del padre Atanasio su confesor, nos ha hecho temer no acabase por ejecutar un proyecto que debia consumir su pérdida en este mundo y en el otro.

—Qué enfermedad tan fatal! exclamó el marqués.

—Es la que los ingleses llaman *spleen*, hipocondria, una especie de locura, *vesania*, cuya enfermedad afecta terriblemente el sistema nervioso, y contra la que son impotentes casi siempre los remedios de la medicina, pues reside esencialmente en la imaginacion.

—Por eso sin duda le ha afectado tanto la voz de ese cantor.

—Indudablemente! ya por tres veces hoy ha preguntado por él; pero silencio, él viene por allí. Atrevido! y qué pronto ha vuelto! Pero yo me encargo de despedirle, ya vereis!

En efecto, Farinelli se dirigia hácia la cámara real. Farinelli no habia salido de palacio desde la noche antes. El rey habia mandado á su servidumbre le diesen alojamiento y le vistiesen de un modo conveniente, y le habia dado una orden escrita de su puño para que le entregasen una crecida cantidad, entusiasmado con su canto y admirado de su desinterés, pues por todo premio solo habia exigido dos cosas tan necesarias al rey, el que se pusiese ropa limpia y se dejase afeitar!....

Pensaba entre sí Farinelli en la subita variacion de su suerte, pues desde las piedras de la plaza de Oriente

te, se hallaba trasportado á las alfombradas estancias del palacio, y en vez de sus gastados y rotos vestidos, se hallaba con vestidos que realzaban su hermosa figura y capaces de llamar la atencion de las mas apuestas damas de la corte. Revolió en su imaginacion las extraordinarias aventuras de la noche anterior, y ya introducido de un modo tan sorprendente en palacio, trataba de encontrar la dama de guantes bordados, cuyo talle esbello y gentil había llamado tanto su atencion, cuyo eco de voz había penetrado hasta su corazon, y que aunque no había podido ver su rostro, la creia bella y encantadora en su imaginacion. Poseedor de una gran suma que debian entregarle en virtud de la orden que había escrito el rey, trató cuando se vió solo de ver el papel en que se contenia su tesoro.

Cuál fué su admiracion al leer una acusacion de la Inquisicion contra la reina y la súplica de este poderoso tribunal para que se desterrase de la corte á doña Maria Bárbara. Asombrado, creyéndose victima de una alucinacion, volvió el papel del otro lado y leyó: «Páguese al maestro Farinelli la cantidad de sesenta mil reales.— Yo el rey.» Reflexionó un momento y comprendió fácilmente que el rey para firmar esta orden cogió el primer papel que encontró sobre la mesa de su despacho. Guardó cuidadosamente este papel, bien resuelto á no ir á cobrar la suma que se le había concedido, y á volver á colocar el papel sobre la mesa del rey en la primera ocasion que se le proporcione; empero despues pensó en la reina, una muger que todos decian ser tan buena, tan jóven, y que iba á ser victima de una in-

triga execrable. Ah! exclamaba, si yo pudiese coger un solo hilo de esta trama infernal, yo bastaria á desbaratarla. Si yo hallase á la hermosa dama del guante bordado, porque hermosa debe de ser, ella me ayudaria á salvar á la reina, y la reina protegeria mi amor, porque decididamente yo amo á aquella muger que busco desde anoche y no conozco. Noble, rica, me atrevo á levantar mis ojos hasta ella, porque el genio es la verdadera nobleza, la única riqueza, y mi porvenir es el canto, el amor y el poder.

Tales eran las ideas que ocupaban la cabeza de Farinelli, cuando se presentó en la cámara del rey, donde hemos dejado hablando al grave doctor Zúñiga y al marqués de Priego.

Saludó á ambos cortés y desembarazadamente Farinelli. El doctor le devolvió friamente el saludo, diciéndole con cierta familiaridad:

—Querido cantor, S. M. está entusiasmado con vuestro talento....

—Bondad de S. M!

—Dice que teneis una voz encantadora, y me encarga que os de las gracias y os despida....

—No es posible, contestó Farinelli sonriendo, la emocion del rey al escucharme, el alivio que mi voz le hacia sentir, las ordenes que dió en mi favor.... su entusiasmo al mandarme pidiese lo que quisiera....

—Adios, amigo mio, añadió el doctor con aire de proteccion insultante, no dejéis de decir en todas partes que habeis cantado delante de S. M. y escitado su augusta admiracion, y volviéndose al marqués de Priego,



le dijo; al menos esto probará á las gentes que el rey no ha muerto.

Conoció Farinelli en la priesa que mostraba el doctor en deshacerse de él, que era un rival que tenia, despedido de que sus aforismos y toda la ciencia de que había henchido su cabeza en Salamanca, habían podido menos contra la tenaz enfermedad del rey, que unas cuantas notas cantadas por él, y que la vanidad del hijo

de Esculapio no perdonaba el triunfo del discípulo de Orfeo.

Disponiase ya sin embargo á salir de la cámara Farinelli, cuando tres palmadas dadas por el ugiar y el grito de la reina! la reina! anunciaron la llegada de esta augusta princesa.

Al verla Farinelli, y examinarla atentamente, pensó en su interior que no era la vez primera que la había

visto, y sin embargo, hacia muy pocas horas que habia llegado á la capital de las Españas. Aquel gracioso talle, aquel magestuoso andar no le eran desconocidos. En vano en su imaginacion evocaba todos sus recuerdos.

—Dónde está, dijo la reina, ese sublime cantante que todos alaban en palacio, y cuya voz ha producido tan admirable efecto en el rey?

—Vedlo aqui! contestó el marqués de Priego, señalando á Farinelli.

—Aun estaba ahí ese intrigante! murmuró en voz baja el doctor Zúñiga.

—Acercaos, dijo la reina dirigiéndose á Farinelli, acercaos, maestro.... Tengo tanta afición á la música como el rey, mi muy querido esposo, y os doy gracias porque habeis calmado sus padecimientos.

Dobló su rodilla Farinelli, y la reina le dió á besar su mano puesto el guante. Farinelli, al reconocer en él la misma cifra que tenia el que él habia recogido la noche anterior, acompañando á la dama desconocida, queda asombrado, pierde el color, vacila un instante, próximo á caer sin sentido á los pies de la reina.

—Gran Dios! dijo en voz baja y temblando, esa cifra! La reina notó su turbacion, y con la mayor amabilidad le dijo:

—Qué tenéis?

Farinelli siempre los ojos fijos sobre la mano de la reina, le dijo en voz baja;

—Ah, señora!....

—Hablad!

Farinelli sacó entonces del pecho el guante bordado.

—Qué ve! exclamó la reina, y volviéndose despues á los que la acompañaban y al doctor Zúñiga y al marqués de Priego, les dijo: Retiraos!

Retiráronse todos en efecto, y el doctor lo hizo asombrado y saludando; pero procurando penetrar la causa de aquella prueba de confianza que merecia á la reina el cantante cuyo mérito é importancia no cabia en la cabeza del orgulloso médico.

Farinelli en voz baja dijo á la reina:

—Que! señora... ayer por la noche en la plaza, era... V. M...?

—No os comprendo! contestó muy conmovida la reina.

—Ah, señora! replicó con el mayor fuego y siempre en voz baja Farinelli: concibo que rodeada V. M. de enemigos no me conceda sin conocerme su confianza, empero los instantes son preciosos.... Un gran peligro amenaza á V. M. Señora contad con seguridad, con mi respetuoso interés.... con mi adhesión.

—Interés! adhesión!... respondió conmovida la reina, los reyes siempre oimos pronunciar esas palabras; todos nos las dicen, y cuán pocos son los que nos lo profesan!

Viendo Farinelli que el doctor y el marqués, procuraban espiar sus acciones y trataban de oír alguna palabra, dijo á la reina siempre en voz baja.

—Señora, nos están observando. Levantó luego la voz y preguntó á la reina con el mayor desembarazo:

—Qué quiere V. M. que cante, una cancion ó una barcarola?

—Una barcarola, maestro, contestó la reina, la que habeis cantado al rey.

Cogió Farinelli su bandolin, para acompañarse y comenzó á cantar.

¡Cómo lucha la barquilla
Agitada por la mar,
Contra las rocas su quilla
Las olas van á estrellar!

Yo seré el piloto
Tened confianza,
Ora sopla el noto
Ora haya bonanza!!!

Continuaba tocando Farinelli y la reina en voz baja le dijo dudando y con desconfianza:

—Qué debo creer? Me hablais un language tan nuevo, tan interesante para mi corazón... en fin, maestro, si quisiera contar con un servidor mas... qué prenda tendria yo de su lealtad, de su celo en servirme?

—Qué prenda, contesto Farinelli siempre en voz baja, ved ahí la mia.

Levantando luego la voz viendo que le observaban, dió un papel á la reina, diciendola.

—Si V. M. quiere seguir la música ahí estan las notas, y continuó cantando.

Intrépido marinero
Elegid que con acierto,
En un temporal tan fiero
Os lleve segura al puerto!

—Qué horror! exclamó la reina despues de haber leído el papel. Y de dónde tenéis ese infame escrito?

—Vuestro esposo mismo me lo ha dado, sin haberlo leído sin duda!... porque, mirad al otro lado, y al mismo tiempo volvió el papel, es una orden á mi favor de tres mil duros!

—Qué servicio me habeis hecho! exclamó la reina con alegría.

Farinelli viendo que se iban aproximando á donde estaban, el doctor y el marqués, comenzó á cantar con viveza el estribillo de su barcarola.

Yo seré el piloto
Tened confianza,
Ora sopla el Noto
Ora haya bonanza!!!

—Imposible es cantar mejor, dijo la reina en voz alta á Farinelli, y añadió despues con marcada intencion; encantada estoy de haberos oido, y para daros una prueba de la satisfaccion que me habeis causado, os recibo en mi servidumbre y en cualidad de mi maestro de capilla

—Maestro de la capilla real! exclamó con satisfaccion Farinelli.

—Y qué dirá la córte? observó respetuosamente, mas con dañada intencion el doctor.

—Dirá lo que dice siempre, contestó con maliciosa sonrisa la reina, lo que dicen los reyes, siempre es así!

Un terrible rumor, una confusa griteria que se oía desde fuera, vino á interrumpir la conversacion de la reina y de los cortesanos que se hallaban en la cámara real. Era el pueblo que alarmado con la creencia de que el rey habia muerto, se agitaba por conocer la verdad, é impetuoso y fiero como el torrente que rotos los diques todo lo arrolla, todo lo inunda se habia estendido por la plaza del palacio y sordo á las amonestaciones de los magistrados, indiferente á las amenazas, gritaba que queria ver á su rey Fernando VI, á su rey que amaba tanto, á su rey que hacia un mes que nadie le habia visto excepto su médico, contra el que prorumpia en enérgicas imprecaciones.

El ruido y la griteria crecia por momentos, como el rumor de la tempestad que arrecia por momentos. El pueblo parecia furioso. El doctor temblaba: la reina estaba consternada; los cortesanos todos palidos de miedo, Farinelli solo estaba tranquilo y parecia superior á la tormenta que tronaba ya sobre sus cabezas.

—El rey! el rey! gritaba desafortadamente en la plaza el pueblo.

—Para calmar el pueblo era preciso, dijo abatido el doctor, que el rey se presentase al balcon.

—Querria salir de su aposento? preguntó la reina.

—No saldrá, respondió temblando el doctor. Nada ha

podido hacerle salir de él en un mes, ya lo sabeis, señora.

—Qué haremos? dijo la reina; despues de un momento de silencio, añadió con resolucion, voy á intentar un último esfuerzo para decidirle. Aunque me esponga á toda su cólera voy á rogarle, á suplicarle que salga para evitar los males terribles que nos amenazan.

La reina se dirigió al aposento del rey. Con ansia mortal aguardaban los cortesanos el resultado del esfuerzo que iba á hacer la reina. Reinaba en la cámara real un pavoroso silencio que solo interrumpia el eco de los gritos del pueblo.

La reina, pálida, desencajadas sus facciones volvió pocos momentos despues. Apresuráronse todos á leer en sus asustados ojos el éxito de su empresa.

—La puerta del cuarto del rey, estaba cerrada, dijo desconsolada la reina, y no he podido entrar.

—¡El rey! ¡El rey! ¡El rey! gritaba furioso el pueblo en la plaza.

—Quién nos sacará de tan terrible conflicto? dijo alzando sus hermosos ojos al cielo la reina.

—Yo tal vez! exclamó con acento enérgico Farinelli, y dirigiéndose á un ugiere le dijo, abrid el balcon y anunciad al pueblo que va á asomarse á él el rey.

—Qué vais á hacer, Farinelli? le dijo la reina.

—Hacer un gran esfuerzo, señora, y vosotros todos pedid que Dios me oiga y que me oiga tambien el rey.

Hermoso, imponente, sublime, estaba el rostro arrogante de Farinelli al adoptar esta resolucion. Toma el bandolin cuyas cuerdas de un modo tan encantador hacia vibrar entre sus dedos: parecia buscar en su cabeza alguna idea, y comenzó á cantar, á la puerta misma del aposento del rey, esta cancion improvisada.

Sacude el letargo
Monarca infeliz!...
Tu pueblo suspira
Ansioso por tí!
Cifrase en tu vida
De él, el porvenir,
En tanto tú duermes
Un sueño febril!
Mi acento, Fernando,
Llegando hasta tí,
Con música blanda
Te atraiga hácia mí!...
Baste de tristeza
De llanto y sufrir,
Sacude el letargo
Monarca infeliz!...

Farinelli aplica su oido á la puerta del aposento del rey. La reina, el doctor, los cortesanos, todos aguardan sus palabras con mortal ansiedad, con tétrico silencio.

—Nada aun, no se oye nada!

Estremeciéronse todos, pintóse en sus rostros el mas desconsolador desaliento, notólo Farinelli, y para animar á la reina:

—No hay que perder la esperanza, señora! la dijo y

continuó cantando, haciendo un esfuerzo para dar mas encanto, mas dulzura, mas atractivo á su divina voz.

Ah, si un solo instante
Salieras aquí,
Y el pueblo te viera
Feliz sonreír!
Tu nombre le oyeras
Grato henderir,
Y en ardientes vivas
Los aires henchir!...
Contempla á ese pueblo,
El pueblo del Cid,
Sus ojos clavados
Mirando hácia tí!...

La puerta del aposento del rey se abre, Farinelli deja ver en su rostro la espresion de la mas pura alegría, y continuó cantando con la mayor espresion dirigiéndose hácia el balcon que habia mandado abrir.

Sacude el letargo,
Monarca infeliz!
Tu pueblo suspira
Ansioso por tí!...

Fernando VI muy pálido, con sus vestidos en el mayor desórden, fué saliendo de su régio aposento mientras cantaba Farinelli, como atraído irresistiblemente por su voz. Sumido en una profunda y melancólica distraccion no ve nada de lo que hay á su alrededor, solo tiene oidos para escuchar á Farinelli, que andando hácia atrás y con direccion al balcon lo atrae insensiblemente hasta él, con su canto.

El pueblo vé á Fernando VI, su querido principe, y un gritó unánime, inmenso, atronador, parte á la vez con la mayor efusion de toda la plaza llena de un pueblo entusiasmado, y que creia muerto á su adorado soberano!

—Viva el rey!!! viva el rey!!! viva el rey!!!

Fernando VI sale en aquel momento de su distraccion, fija sus ojos en aquel inmenso pueblo ébrio de alegría con verle: se conmueve, lleva la mano á su corazon, y el pueblo que comprende aquel cordial y sublime saludo, grita de nuevo.

—Viva el rey!!! viva el rey!!!

Fernando VI se retiró despues vivamente afectado á su aposento, y el pueblo un momento antes furioso y amenazador, torna tranquilo á sus hogares, satisfecho de que su buen rey no habia muerto!

—Sois un grande hombre, Farinelli, le dijo la reina con una agradable sonrisa.

—Aun no, señora, contestó éste, empero lo seré el dia que haya confundido á los enemigos de V. M.

—Gracias, maestro, le dijo tambien el grave doctor, nos habeis sacado de un grande apuro.

—Si, contestó riendo Farinelli, hoy podreis salir sin miedo de que os apedree el pueblo!

(Se continuará.)

EL CONDE DE FABRAQUER.



COSTUMBRES ESPAÑOLAS.

DE LAS ROMERIAS PUBLICAS

Y EN ESPECIAL DE LA DE SAN ISIDRO EN MADRID, Y DE LAS DANZAS POPULARES.

En metálicas canciones
Glorias del Santo publican
Las campanas vocingleras
Que desde el alba se agitan.

Todo es gozo, todo es fiesta
Del Santo Isidro en el día:
En él se olvidan los males
Y en él reina la alegría.

(Castellanos, *Romería de San Isidro.*)



ice el Diccionario de la lengua española: que *romería es el viaje ó peregrinación que se hace por devoción á algun Santuario*, diciéndose así por que las principales se hacian á Roma, de donde se deriva la voz que en latin se traduce *peregrinatio, vel ad loca sacra*. Aun cuando se hayan tambien designado con esta voz por varios autores alguna otra

diversion campestre en que no haya tenido parte alguna la religion, seguramente que en español se ha tomado y toma generalmente en la acepcion que la esplica la Real Academia de la lengua en su Diccionario desde su primera edicion, y en esta es precisamente en la que la consideraremos nosotros al dar razon de esta campestre y jovial costumbre que es practicada en todos los países y lo ha sido en los pueblos gentiles antes que en los cristianos.

Las peregrinaciones ó romerías á los lugares sagrados, son de la mas remota antigüedad, y como lo vemos por los libros santos, los hebreos se reunian ya en devotas caravanas para ir á visitar el Tabernáculo, delante del cual, despues de orar, se ponian á bailar, habiendo danzado tambien alegremente en estas fiestas el mismo santo rey David, que creyó festejar y obsequiar de este modo al Todopoderoso. Talvez que á imitación de esta piadosa costumbre, se deriven los bailes sagrados de que nos hablan los libros, diciéndonos que se verificaban en los templos de los primitivos cristianos en ciertas festividades, los que se reprodujeron en la edad media, y los que aun hoy hacen los niños denominados *Seises* de Sevilla delante del Señor Sacramentado; pero los que puede asegurarse traen este remoto origen, son los que celebran los danzantes, comparsas de jóvenes ó niños llamados así, que preceden con tamboril y rústicos instrumentos en las procesiones de las imágenes santas tutelares de nuestros pueblos y de muchos en Europa, y no á otra cosa se debe el origen de preceder en nuestras procesiones de Minerva en Madrid el tamboril y la gaita.

No solo los hebreos festejaron en alegres romerías al Dios de Israel, sino que todos los pueblos lesimitaron en esto con respecto á sus dioses. Los idolatras griegos y sus imitadores los romanos, celebraban frecuentes fiestas á los dioses de los campos, dirigiéndose alegremente á sus templos. Llenados sus deberes gentilianos, se entregaban á sus puertas á la sencilla diversion en un principio, y cuando ya estuvieron corrompidas sus costumbres, tuvo lugar el desacato y el desenfreno, como sucedió en las escandalosas fiestas de Baco y Priapo, en las que se permitia toda licencia y descompostura entre los dossexos, razon por lo que desde entonces se designa con el nombre de Bacanal á toda diversion en que no reine el orden y en que no se respeten las leyes de la buena moral.

Los cristianos, mas graves, á la par que castos y piadosos que aquellos, empezaron á hacer romerías desde el siglo III de su época al Santo Sepulcro y á los de los mártires, sin que en estos obsequios fúnebres entrase para nada la diversion. Creciendo en consideracion la religion cristiana luego que sentó su sagrada planta sobre los pulverizados idolos, las romerías progresaron extraordinariamente, y cada pueblo se hizo un deber en verificar al menos una al año para obsequiar á su Dios en su Sacra familia, y en sus santos y bienaventurados, y cuando la corte celestial santificó las virtudes de sus escogidos para aumentar el cortejo de la divinidad, hasta la mas miserable aldea encomendó su guardia y prosperidad á un Ser divino, erigiéndole en su protector y patron tutelar. El patronato fué erigido por lo comun en ermitas ó santuarios en medio de los campos cercanos á los pueblos, para que sus fiestas pudiesen tener la estension que se deseaba darles, y á ellas acudieron y acuden hoy los cristianos, á su vez á adorar á sus patronos y á entregarse al placer y á la diversion despues de reverenciarles. Este y no otro debe ser el origen de la multitud de ermitas que cercaban por decirlo así todos los pueblos de España, y de las cuales han quedado siempre á pesar de las guerras y de la impiedad, las de los patronos y protectores divinos de las poblaciones, sobreviviendo algunas de ellas á los mismos pueblos, cosa que se ve en España con mucha frecuencia en multitud de los actuales despoblados.

En la edad media la romería ó peregrinacion á Jerusalem á visitar el Santo Sepulcro del Salvador, se puso muy en uso, y á esto se debieron las cruzadas. No fueron menos visitadas en Roma las tumbas de los santos apóstoles San Pedro y San Pablo; en España Santiago de Galicia; en Italia el santuario de Loreto; y en Francia San Miguel del Monte; pero la peregrinacion y romería á estos templos, á los que aun se dirigen hoy los mas fervorosos fieles, era solo de aquellos que como hoy buscaban en esto el modo de hacer penitencia para pedir la redencion de sus pecados, demandar gracias especiales al Señor, ó cumplir promesas particulares, á cuyo fin se vestian un hábito peculiar de penitencia que les daba á conocer por donde iban, siendo mirados en todas partes estos peregrinos con respeto y socorridos en sus necesidades por los fieles. Estas romerías tampoco tenian nada de diversion y si de privaciones y abstinencias; y si bien no eran ni son forzadas como las de los musulmanes, participaban de su gravedad peni-

tenciaria. La romería en los que profesan la ley del Corán, no es como entre los cristianos un objeto de devoción voluntaria, y si un deber que les impone su religión, de ir en peregrinación, al menos una vez en su vida, a visitar las ciudades de Medina, la Meca y Jerusalén. Durante la dominación que tuvieron sobre España, hicieron en Córdoba una mezquita que llamaron *Ceca*, a la cual acudían también en devota caravana, y de aquí se deriva el refrán español de *anda de Ceca en Meca* para manifestar cuando uno vaga de una a otra parte.

Antes de que se introdujesen en España los magníficos espectáculos de los torneos, justas, toros y demás diversiones de que hemos hablado en nuestros artículos de costumbres españolas, y de las que sucesivamente iremos dando cuenta en las columnas de este Museo, el pueblo que seguía el pendón de sus señores en la guerra y que estaba atado en sus solares en la paz, como justamente dice el célebre Jovellanos, a quien copió después el escritor Parra al hablar de las diversiones públicas, solo conocía la romería por recreo. En esta el esclavo pueblo de los tiempos feudales se divertía con algún desahogo, separado del látigo de su señor, mientras este se entregaba a la caza, en bofordar ó en romper tablados con su pesado lanzon, únicas diversiones de los nobles de aquellos tiempos; se divertían, repito, imitando a los antiguos en las carreras, el salto, la lucha, el tiro de la barra, juego que se deriva del de el *disco* de los romanos, y en otros ejercicios corporales que les robustecían y formaban para la guerra.

La sencilla devoción llevaba al pueblo, y aun hoy le conduce, a visitar los santuarios vecinos en los días de festividad local, y luego que cumplían con los deberes cristianos, se ponían en práctica los juegos que acabamos de citar, y las airosas doncellas españolas se entregaban a la vista de las graves matronas, al baile, al compás de sus ligeros panderillos ó de la armoniosa guitarra, con cuyos instrumentos se han acompañado siempre sus graciosos cantares.

Las danzas populares tan sencillas entonces como la misma naturaleza, todavía se conocían en el siglo XVI en España con los nombres de *danza de romeros* y de *espadas*, y en la romanesca Galicia se conservan aun con toda su originalidad, siendo muy frecuentes todavía en las festividades de San Salvador de Oviedo, las primeras en las que los danzantes se visten de peregrinos.

Según el erudito y célebre literato, político y jurista-consulto, don Gaspar Melchor de Jovellanos, en las danzas de espadas que en Galicia se ejecutan en las romerías, hacen los bailarines una figura al fin de su danza, en la que teniendo cada uno su espada por la punta y pomo, forman la figura de un escudo, sobre el que saltando el maestro de la danza al que levantan en alto, dá cortes y reveses á todas partes con su espada como desafiando á sus enemigos: no de otro modo proclamaron los astures y leoneses y elevaron al trono á los reyes visigodos.

Puede asegurarse con la historia, que desde la dominación romana se conservaron en las romerías españolas las danzas bélicas de espadas, originarias de las llamadas *pirricas* en que los romanos bailaban á compas cargados de todas sus armas. En algunas romerías de la provincia de Toledo, dice Covarrubias en su Tesoro de la lengua castellana, que se danzaba aun en su tiempo en cuerpo de camisa y gregüestos de lienzo con unos tocadores en la cabeza. Estos danzantes que en su tocado simbolizaban á los moros cubiertos de sus turbantes, bailaban con las espadas desenvainadas haciendo con ellas vistosas evoluciones, concluyendo con una figura que llamaban la *degollada*, porque cercaban el cuello del caporal con las espadas, el cual se les escapaba por debajo.

Las danzas populares se han conservado en nues-

tras alegres y festivas romerías y aun conservan en la mayor parte de nuestros pueblos, imprimiéndoles tal carácter que por ellas se les conoce inmediatamente sin otra explicación. Los aéreos vascongados tienen, por decirlo así, su historia como todos los pueblos cántabros en sus bailes, los que celebran saltando asidos de la mano siguiendo los compases del agudo y armonioso silbo y del alegre tamboril. La danza de Orgaz que se ejecutaba en Castilla al son de la dulzaina ó gaita, ha sido de gran nombradía burlándose los de los pueblos circunvecinos de los de dicho pueblo, diciéndoles: *¿y el danzante? ¿por donde va la danza?* Proviene esto de que dicen que el día de la procesion del Corpus entró un danzante á beber en una taberna; y durmiéndose en ella no despertó hasta el siguiente día, y pareciéndole que no había dormido, salió preguntando: *¿por donde va la danza?*

A pesar de la variación de costumbres que ha habido en España, particularmente en el presente siglo, en el que las romerías y diversiones se han hecho menos sencillas y mas estudiadas, aun se conservan las danzas populares en nuestras provincias, particularmente en Valencia, Aragon, Galicia, Asturias, Montañas de Leon y Vascongadas, habiendo muchos pueblos en que las danzas y las romerías son las únicas diversiones á que se entregan los labriegos.

Como ya hemos dicho, todos nuestros pueblos celebran romerías á lo menos una vez al año, sin exceptuar la coronada villa y corte de Madrid, que con ocasion de santificar la fiesta de su glorioso patron San Isidro Labrador, se dirige en grande y alegre caravana el 15 de mayo á su ermita en la ribera del Manzanares, en cuyo sitio se respira la diversion y el placer al paso que llenan los madrileños sus deberes devotos con respeto á su Santo patron, si bien se cumple en esta fiesta el antiguo refrán español de: *romería de cerca, mucho vino y poca cera*, en que se manifiesta que no pocas veces, y esta es una de ellas, se toma por pretexto la devoción para divertirse, y aun para otras cosas que debieran evitarse.

El bienaventurado San Isidro Labrador, patron de Madrid, espejo de santidad del siglo XI, que nació en 1082, y falleció á los 90 años en 1172, y fué canonizado por el papa Gregorio XV en 1622, logró desde luego tal veneración entre sus compatriotas, que todos le eligieron por su protector aun antes que fuese colocado en los altares á donde le subieron sus virtudes, teniendo esta villa la satisfacción de presentar á tan humilde patron, con mas gloria que si fuera un rey.

Admiradora de la santidad del glorioso labriego, la piadosa emperatriz doña Isabel, esposa del denodado Carlos I en España y V en Alemania, fundó la ermita en que Madrid le venera, en la ribera derecha del sosegado Manzanares el año de 1528, en el mismo sitio en que según la tradición, abrió el santo una fuente al golpe de su *ahijada* para apagar la sed de su amo y señor Iván de Vargas, ascendiente de los señores condes de Oñate. Fué causa de la fundación, el haber sanado el emperador de una dolencia que le aquejaba, bebiendo con fé el agua de la espresada fuente, que le encomendó su augusta consorte, y de aquí nace la costumbre que practica todavía la sacramental de San Andrés, de entregar en manos de la reina de España, el mismo día de San Isidro, una jarra de agua de la propia fuente, la que lleva con toda solemnidad la comision que se nombra al efecto. Desde aquella época empezó el pueblo madrileño á ir en romería el 15 de mayo, día de la festividad del santo patron, siendo en un principio enteramente devota y para cumplirle promesas hechas durante el año. Viniendo con el tiempo á mal estado la primitiva ermita, hizo la que hoy existe sobre los cimientos de la antigua, el devoto marques de Vale-

ro en 1724, dando al santo por compañera en el mismo altar á su santa y virtuosa esposa Maria de la Cabeza, que se venera con él en dos bellas efigies de escultura de tamaño natural, y tomando á su cargo el cuidado de la sencilla, pero bonita capilla, la archicofradía Sacramental de las parroquias de San Pedro y San Andrés de esta corte, la ha ido mejorando cada vez mas, haciendo á su lado un bonito cementerio que se aumentará este año con otro de grande estension por el estilo de el del *P. Lachaise* en París, y amenizando con arbolado y verdura aquellos campos.

La romería de San Isidro puede decirse que es la única que celebra el pueblo de Madrid; pues que si bien tiene las llamadas verbenas de San Antonio, San Juan, San Pedro y la virgen del Carmen, las vueltas de San Anton, y las romerías de las capillas de Santa Maria de la Cabeza, San Blas y el Santo Angel de la Guarda, estos son mas bien paseos á las ermitas que verdaderas romerías á las que como á la de San Isidro asiste el pueblo entero. En efecto, puede decirse que son pocos los madrileños y contados los forasteros residentes en Madrid, que no vayan el 15 de mayo á las praderas del Manzanares cercanas á la ermita, y que no se refresquen con la fresca agua de la milagrosa fuente.

Como por encanto se improvisa al rededor y cer-

canías de la ermita, una grande poblacion con simétricas calles compuestas de edificios de lienzo, de tapices, y de esteras, y el comercio universal de comestibles y bebidas desde lo mas esquisito á lo mas infimo, parece se haya trasladado á tal punto. Los cánticos de alegría, la multitud de instrumentos de todas clases con que se acompañan, la porcion de voladores que se arrojan al aire, y el sin cesar repique de las campanas unido al vocerío de los vendedores, convierten aquellos campos en una Babel desde la vispera de la festividad, hasta el siguiente á ella. En esta romería es solo donde puede conocerse la grande poblacion de Madrid en aquella extraordinaria masa de gente que se estiende por todos los campos cercanos, y que se apiña al rededor del santuario, asi como la jovialidad española y la gracia de nuestras bellas, en la multitud de bailes nacionales que se ven por todas partes, alrededor de las hogueras en que se hacen los ranchos de las familias. El cuadro que presenta Madrid en esta romería, es tan variado de matices y tan magnifico, que no encontrándonos con poder suficiente para pintársele á nuestros lectores, les recomendamos asistan á admirarle por si mismos un dia 15 de mayo, pues solo su vista podrá satisfacer completamente su curiosidad.

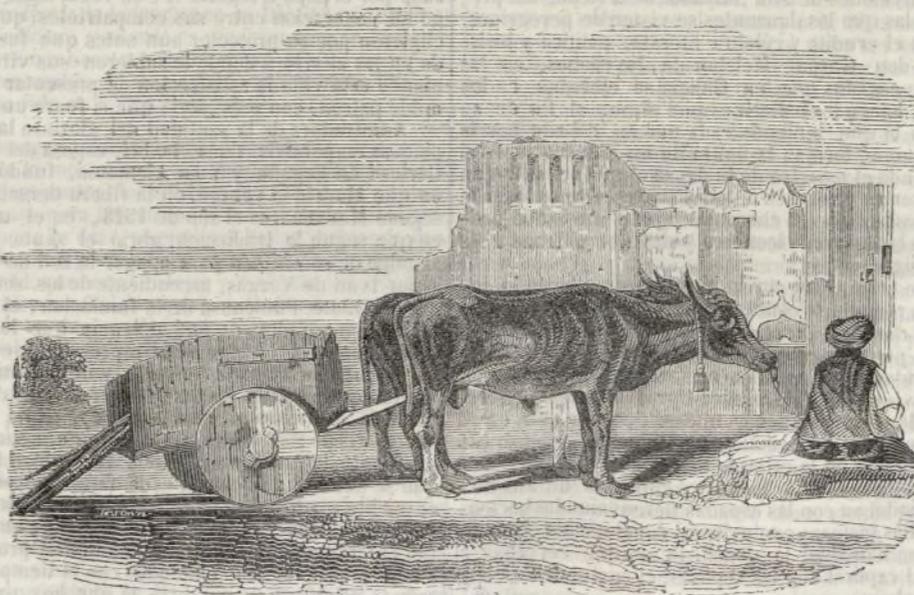
BASILIO SEBASTIAN CASTELLANOS.

ESTUDIOS GEOGRAFICOS.

LA MECA.

La Meca está situada en un profundo valle rodeado de montes y peñascos, y es antigua capital de la Arabia, centro de la religion musulmana, y objeto de la veneracion de todos los sectarios de Mahoma. Fué conocida de los griegos bajo el nombre de Macoraba, cuya termi-

nacion espresa la estension de esa ciudad, la que no obstante en el tiempo de su mas floreciente estado, no llegó á una cuarta parte de la de París. En el dia contiene mas de 30,000 habitantes, y subsiste únicamente por la grande afluencia de peregrinos que de todas partes acuden á visitar la Santa Kaaba, templo principal de los mahometanos.



CARRO DE BUEYES BEDUINO.

Se ha exagerado mucho la magnificencia del templo de la Meca, sus cien puertas, sus doradas cúpulas; pero cierto europeo, que entre los árabes se presentó como adorador del Profeta, pudo examinarla á su sabor y circunstanciadamente, y sobre él dice lo que sigue: «La gran mezquita de la Meca, llamada la casa de Dios, ó *el Haram*, solo es digna de atención por contener la Kaaba. Entrase á un vasto patio, rodeado de cuatro hileras de columnas unidas por medio de unos arcos ogivales, de que penden numerosas lámparas, parte ardiendo por la tarde, y todas durante la noche del Ramadan. Las columnas tienen veinte pies de altura, parte son de mármol blanco, parte de granito y parte de pórfido. En el centro del patio elevase la Kaaba, edificio que tomó el nombre de su forma cuadrada y al que conducen siete galerías bastante anchas para dar paso á cinco personas que caminen de frente ó alineadas en batalla. Cúbrela una especie de tienda de campaña, de seda negra, y se vé escrita en letras doradas la profesión de fé de los creyentes: «No hay mas Dios que Dios, y Mahoma es su profeta.» La costumbre de tener cubierta la Kaaba existía ya antes de Mahoma entre los árabes idólatras.

Al lado de la Kaaba, cerca de la puerta de Plata, hay la célebre piedra negra gastada y pulida en su superficie, por los besos y contacto de los innumerables peregrinos. Trájola, según dicen, el ángel Gabriel, y Abraham se sentaba en ella mientras se construía la Kaaba. En frente de cada cara de las cuatro que tiene este monumento, hay otros tantos edificios pequeños, en los cuales los imanes de los cuatro ritos de la secta se colocan para dirigir las oraciones de sus comunidades. Antes de Mahoma, hubo en el sitio que ocupa la Kaaba un célebre templo, punto de reunión religiosa de todas las tribus de la Arabia. Destruyólo Mahoma juntamente con trescientas sesenta imágenes á las cuales se hacían sacrificios de carneros y camellos. La puerta de la Kaaba no se abre mas que tres veces al año: una para los hombres, otra para las mugeres, y la otra para limpiarla. Los peregrinos dan en torno de ella siete vueltas rezando oraciones y besándola en cada vuelta: las cuatro primeras deben darse de prisa á imitación del Profeta, pues ya sabemos que Mahoma para desmentir á sus enemigos que propalaban hallarse gravemente enfermo, se echó á correr en torno de la Kaaba, rodeándola cuatro veces seguidas.

En cierta parte de la gran Mezquita, se encuentra el pozo de Zomzen, cuya agua amarga y salobre, beben los peregrinos y emplean en las abluciones. Este pozo, según dicen los mahometanos, lo abrió milagrosamente el ángel del Señor en favor de Agar, cuando echada de la casa de Abraham iba á perecer de sed en el desierto con su hijo Ismael. Así que llega á la Meca algun peregrino de distinguida clase, se inscribe inmediatamente su nombre en el gran libro del gefe del pozo de Zomzen; al mismo tiempo encarga el gefe á un criado que suministre agua al viagero, y lo hace con toda asiduidad. Acostumbran á estender en el suelo del patio muchas esteras con cántaros medio llenos de agua, de modo que los que van á sentarse en dichas esteras hallan un piadoso refresco, lo que no deja de tener sus ventajas en ese ardiente clima, y atrae mucha gente al templo muy antes de la hora de las oraciones.

En el templo hay su gefe principal, á quien llaman Sheik el haran. Desempeñan el servicio de la Kaaba cuarenta eunucos negros, guardas y criados de la casa de Dios; llevan como señal distintiva una túnica de lienzo blanco encima de los ordinarios vestidos atados á la cintura; y además un gran turbante tambien blanco y una varita en la mano. No trataremos de especificar la innumerable multitud de empleados del templo; tales como los lamparistas ó luminarios, despabiladores de

lámparas, criados de Ibraim, de la Kaaba y de cada uno de los lugares de los cuatro ritos, porteros, criados de los minaretes, imanes del cadí, cantores del coro, monkis u observadores del sol para avisar la hora de la oración, guarda de la llave, mufi, guías; de suerte que puede decirse que la mitad de los habitantes de la Meca ó son empleados ó sirvientes del templo, aunque no gozan de mas salario que las limosnas de los peregrinos.



MUGER DE LA M.C.A.

Así es que á la llegada de alguno, todos le cercan y se afanan en prestarle sus servicios, llenarle de atenciones y respetos, todo el mundo se interesa en su salvación y se esfuerzan en abrirle las puertas del cielo. En otro tiempo, el gran número de caravanas que acudían allí desde todas las comarcas en que domina el islamismo subvenía con sus gastos á las necesidades de los habitantes de la Meca; pero ahora que ha menguado muchísimo, el concurso de peregrinos, sin disminuir por esto el número de empleados en el templo, las prácticas religiosas resultan á los fieles mucho mas caras: todos los empleados acuden al lado del forastero, quien necesita dejar inmensas cantidades para limosnas y gratificaciones; y hasta los peregrinos mas pobres, incluso los que solo hacen el viaje á espensas de la caridad pública, se ven obligados á dejar algunos escudos.

Los árabes dan á la Meca los títulos mas pomposos, llamanla Om el Kara (la madre de las ciudades) la noble, la sublime, la patria de los fieles; está abierta de todos lados y no tiene mas defensa que una fortaleza de grosera construcción, residencia del cherif. Las calles enge-

neral son regulares y el pavimento arenoso; las casas son de piedra y muy sólidas, con las fachadas adornadas de pinturas lo que les comunica un gracioso aspecto. Imitan estos edificios el estilo pérsico ó indiano que se introdujo durante la residencia de los califas en Bagdad. Las peregrinaciones á la Meca forman seis ó siete caravanas: la de Damasco ó de Siria, que es la mas importante, conducida por el pachá; la de Egipto mandada por un bey; la de los árabes de Berberia que se junta con la de Damasco, á pocos dias de haber salido de la Meca; y las cuatro últimas que llegan de Bagdad y países circunvecinos, sin contar un tropel de viajeros que salen de la India, de Java, de Sumatra, y hasta del fondo de la Nubia. Tanto como el principio de la peregrinacion, presenta un aspecto alegre y animado, su fin es lúgubre y penoso: á las fatigas consecuentes á un largo viage, suceden los malos resultados de unos alimentos y habitaciones insalubres; estas causas y con frecuencia la falta absoluta de viveres, llenan las mezquitas de moribundos, que se hacen conducir á ellas para que les cure la vista de la Kaaba.

Se halla escrito en los sagrados libros de los árabes, que el Dedjal, es decir, el Antecristo, no entrará nunca en la Meca. Acaso es esta la ciudad entre las mahometanas que mas desconoce las artes y las ciencias, pues todo el saber de la poblacion se concreta en leer el Corán. Los habitantes desde la infancia aprenden las oraciones y ceremonias de la santa peregrinacion á la casa de Dios, á fin de poder ganar dinero desde muy chiquillos, guiando á los peregrinos: de modo que se ven niños de cinco y seis años desempeñando estas funciones, yendo en los brazos de los peregrinos. Estas criaturas rezan con voz aguda las oraciones sacramentales al mismo tiempo que dirigen al forastero, y las ceremonias de las varias estaciones. La Meca carece de escuelas regulares; y solo hay algunos doctores que por capricho, vanidad, ó cebo de una retribucion, van á sentarse debajo de las galerías del Haram, donde empiezan á leer en alta voz á fin de atraer á los oyentes que van á alinearse en corro delante del lector: tales son los medios de instruccion con que cuenta la santa ciudad, y de ahí resulta que la poblacion es tan ignorante que á ninguna otra puede compararse sobre este punto. Contribuye tambien á ello la particular situacion de la Meca, que se halla en medio del desierto, lejos de todo camino de tránsito. La Arabia esta cercada por las aguas: al Oriente tiene el golfo Pérsico; al Mediodia el Océano; al Norte el Mediterráneo; el centro de esta peninsula, no puede ser por lo tanto un punto de comunicacion entre los países circunvecinos á los que puede irse por mar:

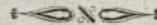
La Meca, pues, no está destinada á ser una plaza de comercio; y en el árido desierto en donde está situada, sus habitantes no pueden ser agricultores ni pastores: ¿qué recurso, pues, les queda? La fuerza de las armas que obliga á los demas pueblos á cederles parte de sus productos, ó el entusiasmo religioso que lleva á los estrangeros á gastar sus caudales en este país. Estos dos medios juntos hicieron de la Meca una ciudad opulenta en tiempo de los califas; pero así antes como despues de esa gloriosa época, la ha sostenido únicamente el entusiasmo religioso, el cual se vá enfriando de dia en dia, y de ahí la precaria existencia en que vemos á esa ciudad lo mismo ahora que antes de la mision del Profeta. La Meca siempre ha sido el centro de devocion de los diferentes pueblos; el origen de las peregrinaciones, y la primitiva fundacion de su templo asciende á la mas remota antigüedad. Mahoma derribó los idolos que manchaban la casa de Dios; pero despues de una época muy corta de gloria y riquezas adquiridas con las armas, cayó de nuevo en la miseria que parece ser su patrimonio; si el templo dejase de existir, antes de dos años se hallaria abandonada y desierta.

El árabe es por naturaleza de flaca complexion; pero los habitantes de la Meca en particular, se parecen á unos esqueletos ambulantes con un pergamino pegado á los huesos. Esto no es exageracion; y sin verlo es imposible formarse una idea de una reunion de hombres tan flacos y descarnados, como los empleados de todos grados y servidores del templo, de modo que parece imposible que estos esqueletos, ó mejor que estas sombras, puedan mantenerse en pie. No obstante los placeres que les aguardan en el paraíso, son una recompensa de sus privaciones y fatal situacion en la tierra.

Puede decirse que todos los habitantes de la Meca, ó son forasteros ó hijos de tales, excepto algunos beduinos ó sus descendientes y un corto número de ancianos oriundos de Mahoma; sin embargo toda esa poblacion heterogénea ha adoptado las mismas costumbres y traje. Las mugeres gozan en esta ciudad de mas libertad que en cualquier otra de las mahometanas; acaso en la época floreciente de la Meca el gran concurso de estrangeros contribuyó á pervertirlas, y la miseria y tristeza de los habitantes han acabado por darles una absoluta indiferencia para todo, pues así la opulencia como la pobreza, son dos extremos opuestos á la conservacion de las antiguas costumbres. Las mugeres se cubren el rostro, como las de Egipto, con un lienzo abierto en la parte que corresponde á los ojos, lo que deja visible la mayor parte de la cara, y aun algunas la dejan enteramente descubierta: llevan una especie de capa rayada de azul y blanco y ajustada con gracia; pero al verles la cara se desvanece toda ilusion; pues esta y las manos están pintorreadas de negro, azul ó amarillo, y les comunica un aspecto muy desagradable y repugnante, que sin embargo los indigenas encuentran muy bello por la fuerza del hábito. El traje de las mugeres de la Meca puede verse representado exactamente, en la lámina que acompaña al presente articulo.

En general todas las riquezas de los habitantes de esas comarcas, consiste en su camello y algunas cabezas de ganado; y viven en tiendas ó barracas, sin mas mueble que algunas tazas, un caldero, un cántaro, etc. una estera que les sirve de cama, y dos piedras para moler el grano.

Los historiadores celebran la nobleza del pueblo árabe porque nunca dobló la cerviz al yugo de los griegos ó de los romanos; pero es una falsa consecuencia de los acontecimientos; puesto que si la Arabia ha tenido la fortuna de conservarse libre de todo dominio estrangero, debe esta ventaja antes á la naturaleza particular de su suelo que al valor de sus habitantes. En efecto, ¿qué general habia de ir á sacrificar hombres y caudales en la conquista de unos vastos desiertos y de unas tribus dispersas sin ningun lazo que las una? En la Meca no hay que buscar nada parecido á un prado ó á un jardín, allí solo hay piedras y arenas enteramente estériles. Sin embargo, los poetas orientales tan propensos á la hipébole no han dejado de cantar las delicias de aquel clima.



ESTUDIOS DE INDUSTRIA.

MAQUINAS DE VAPOR APLICADAS A LOS CARRUAGES.

Suponemos que no desagradará á nuestros lectores una sucinta descripcion de la máquina que sirve para dar movimiento á los carruages en los caminos de hierro, acompañada de una lamina para que sea mas

inteligible. Debemos advertirles, sin embargo, que últimamente se han hecho en la máquina que les vamos á describir, mejoras y modificaciones importantes; pero estas en nada afectan al mecanismo en general y lo que han hecho, ha sido solo perfeccionarlo.

En Francia fué donde primero se aplicó la fuerza elástica del vapor como potencia al movimiento de los carruages. En 1770 el ingeniero francés Cugnot construyó un carruage completo de vapor, de una fuerza bastante considerable, el cual se conserva todavía en el Conservatorio de Artes y Oficios. El mecanismo del tal carruage, bien que es muy ingenioso, está muy distante de llenar todas las condiciones necesarias, para obrar en los caminos ordinarios, y en particular son muy imperfectos los medios de comunicarle la dirección. En uno de los ensayos que se hicieron, habiendo adquirido el carruage grande velocidad, no hubo medio de detenerlo ni de impedir que fuese á estrellarse en una pared, la que vino al suelo con la fuerza del choque. Aunque Mr. Cugnot no se saliese con la suya, no dejó por esto de dar prueba de suma habilidad. El problema sobre la aplicación del vapor al transporte por caminos ordinarios, ofrece dificultades de tal cuantía, que hasta en la actualidad quedan en pie muchos inconvenientes al parecer insuperables. Estos son menos tratándose de caminos de hierro, y sin embargo hasta el año 1804 no se planteó la primera máquina locomotiva que fué construída por los señores Vivian y Trewithick. La opinión en que estaban de que la adhesión sola de las ruedas no era bastante para llevar grandes cargas, fué causa de que al principio se complicase el mecanismo con el fin de impedir que las ruedas resbalasen: y hasta 1814 que Mr. Backet destruyó esta falsa idea por medio de experiencias directas, no empezaron los maquinistas á entrar en la verdadera senda de perfeccionamiento; y desde entonces el arte de construir locomotivas ha ido haciendo rápidos progresos. Suprimieron las ruedas dentadas y se regularizó la acción del vapor por medio de dos émbolos, y por fin, se hicieron grandes mejoras así en la forma de las calderas como en las de los fogones.

En 1829 quedó concluído el camino de hierro de Liverpool á Manchester, y la compañía de quien era propiedad, abrió un concurso para el mejor carruage de vapor. Presentáronse á él cinco constructores de locomotivas, y habiéndose ensayado sus respectivas máquinas, tuvieron tales resultados que sobrepujaron á todas las mejores esperanzas. Algunos corrieron con la maravillosa velocidad de doce leguas por hora, continuando las maniobras con la mayor facilidad y soltura. Llevóse el premio la máquina de Roberto Stephenson llamada el *Cohete*, y á este se le encargó la construcción de todos los carruages necesarios para el servicio del dicho camino.

La máquina de Mr. Roberto que vamos á describir, es principalmente notable por la disposición de la caldera, la que han adoptado todos los constructores de esta especie de máquinas, en las que la mayor dificultad consiste en el modo de producir el vapor. Debemos decir sin embargo, que dicha disposición es la misma que antes habia empleado en Francia Mr. Seguier.

ESPLICACION DE LA LAMINA.

Las figuras 1.^a y 2.^a representan el corte y elevación longitudinal de la máquina locomotiva, el calor se forma en el espacio triangular (n.º 2), que está enteramente rodeado de agua, excepto en el punto correspondiente á la puerta que sirve para echar el combustible á la rejilla: el aire necesario entra por la abertura (12), dispuesta de manera que el mismo movimiento del coche favorece su comunicacion y entrada. El humo al salir del hornillo, repártese inmediatamente por unos cien tubos

de cobre (13) que van á parar al estremo de la caldera pasando por entre el agua que contiene: deja en ella parte de su calórico, y va á la chimenea G y de ella á la atmósfera. El vapor que se forma al rededor del hornillo y de los tubos, se eleva hácia la parte superior de la caldera, la que por la parte anterior tiene una especie de cobertera ó cúpula D, y en esta se encierra el conducto (1, 2, 3, y 4.) que lo lleva á la máquina propiamente dicha, colocada al otro estremo: para evitar que se enfrie el dicho conducto, se le hace pasar por la misma caldera, encima del nivel del agua. Compónese la máquina de dos cilindros paralelos é iguales entre sí, uno de los cuales (6 y 7) tan solo, puede verse en la figura 2; y en cada uno se mueve un émbolo (7). El eje de la rueda R, forma dos ángulos en su longitud, y tiene dos manubrios (9) que forman ángulo recto entre sí, de modo que cuando uno de los émbolos se halla al estremo del espacio que recorre, el otro se halla en el centro del suyo, de lo que resulta un impulso continuo. Las ruedas R, forman cuerpo con dicho eje, y por medio de sus adherencias determinan el adelanto del carruage que puede arrastrar á otros.

Por medio de las palancas angulares (17), comunicase el movimiento á dos conductos que distribuyen el vapor á los cilindros (1 6, y 7). Despues que el vapor ha obrado en los émbolos, se le da salida por el tubo 5 á la chimenea, cuya fuerza absorbente aumenta, y para producir este efecto se estrecha el estremo del tubo (5) á fin de que salga con mas velocidad.

El reservorio ó depósito que contiene la cantidad de agua necesaria para dar pábulo á la caldera, llévase lo mismo que el combustible en un vagon que va unido detrás del carruage: comunica con la bomba de alimentación por medio de un tubo en que hay una espita ó llave (12), cuyo uso es regular el volumen de agua aspirada. El calentador se coloca en una especie de balcon (1) entre el vagon de servicio de que acabamos de hablar y la máquina que debe calentar y dirigir. El manubrio (2) sirve para determinar, mediante una llave á que da movimiento, la cantidad de vapor que ha de entrar en el tubo (1, 2, 3, y 4) fig 2, para ir á los cilindros.

El nivel del agua en la caldera lo señala un tubo de vidrio, llamado el indicador, que en nada se diferencia de los que se emplean para las calderas ordinarias.

El máximum de presión es de 4 y media atmósferas, y cuando sube mas, una válvula (18) movida por unos resortes, se levanta y da desahogo y salida al vapor que va á perderse en el aire por el tubo P: esta es la sola válvula de seguridad que tiene la caldera; otra válvula hay en la parte anterior; pero como está anexa al calentador la facultad de determinar la tensión del resorte que la aprieta, no es en realidad mas que una válvula ordinaria que sirve para la evacuación del vapor cuando la máquina se para, pues que ninguna llave hay á ello destinada. Este sistema de la caldera no tiene riesgo alguno de peligrosa explosion, y en caso de una presión demasiado fuerte abririase una de las paredes llanas, ó acaso solo se desfiguraria con violencia. Tras el agujero que sirve al hombre que ha de limpiar la máquina y en la parte inferior hay otro que sirve para el desagüe durante la limpieza.

La mayor parte de máquinas locomotivas están construídas segun el sistema que acabamos de describir con muy ligeras variaciones. El consumo de combustible es grande con respecto á su fuerza, y es aun mas caro por servirse del *coque* para alimentar el fuego.

Por decirlo así no tiene límites la velocidad que puede darse á los carruages de vapor en los caminos de hierro: hase llevado á veces, bien que solo por algunos momentos, á 30 leguas por hora.

No creemos posible sostener siempre esa imponderable rapidez; pero no dudamos que dentro de algunos

años se llegará á caminar 20 y 25 leguas por hora. La figura 3.^a manifiesta la disposicion de los tubos horizontales por los que pasa el calor para calentar el agua contenida en la caldera que ha de producir el vapor. La figura 6 representa la palanca ó llave, por cuyo medio

el conductor puede dar vueltas á la espita; (véase el numero 2 figuras 1.^a y 2.^a)

Las figuras 4.^a y 5.^a demuestran los cortes de diferentes disposiciones en los carriles empleados en la construccion de los caminos de hierro.

